

LA CHICA QUE NO SABÍA DECIR ADIÓS

- Porque el amor sólo existe en libertad -

Sandy Mejía G.

JUNIO 2019

© Derechos Reservados

Las características de esta edición, así como su contenido, son propiedad exclusiva del autor. Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del autor, la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio o proceso, incluso el fotocopiado o escaneado digital.

La chica que no sabía decir adiós

- Porque el amor sólo existe en libertad -

Sandy Mejía G.

Para **Mima**,
gracias por creer.

PARTE I

Realidad Perfecta

*El haberte encontrado en mi camino
ha sido, sin lugar a dudas,
de los más bellos regalos del Universo.
Mejor que un anhelo,
mayor a cualquier sueño,
fuiste la realidad perfecta.*

Una y Mil Veces

—¿Sabes quién llega mañana? —preguntó Matt.

—No, no sé —respondió Alice con curiosidad.

—Tal vez quieras acompañarme al aeropuerto a recogerlo...

Alice lo supo en ese instante. Una gran sonrisa llenó su rostro.

Esa noche, Alice apenas pudo dormir. Había pasado ya un año desde la última vez que había visto a Liam, y en los últimos tres años las ocasiones de verlo eran cada vez más escasas, sobre todo desde que se mudó a Estados Unidos a estudiar la Universidad.

Sin embargo, Alice había encontrado la manera de estar en contacto. Emails, ¡muchos emails! Después llegarían los mensajes instantáneos en línea; pero eso pasó apenas unas cuantas veces, además de que era difícil coincidir. Desde la elección de la carrera, su última novia, salidas con sus amigos hasta sus compañeros de habitación, mucho era lo que Liam y Alice compartían en sus correos.

Se conocían desde la secundaria; Liam mejor amigo de Matt, hermano de Alice, por lo que pasó muchas tardes jugando básquet, andando en bicicleta y luego en moto, haciendo tareas y compartiendo algunas vacaciones. En ese entonces, Liam era un querido amigo por todos, a quien veía todos los días en la escuela y parte del verano también; era difícil que no pasara las vacaciones con Matt, ya que al ser Liam hijo único, en la familia de Alice se sentía como parte del clan.

Pero ahora, el tiempo había pasado, ya no eran solamente adolescentes llegando a la secundaria, sino universitarios. Muchas historias habían compartido y la amistad entre Matt y Liam, aunque cercana, también había cambiado. Matt fue el primero en tener novia, así que ahora su tiempo lo repartía entre los estudios y ella, además de que claro, desde que Liam se fue al país vecino, muchas cosas habían tomado rumbos distintos.

Y en ese cambio, algo también pasó en el corazón de Alice, el chico de 11 años que conoció en secundaria, ya no era pequeño, se había convertido en un joven alto y fornido, con pelo alborotado y estilo de vestir desenfadado, cosa que a la madre de él no le agradaba mucho, siempre acostumbrada a estar elegante y sofisticada.

No cabía duda de que Liam ya no era el niño de antes, la realidad es que ninguno lo era; todos habían crecido y aún vendrían otras sorpresas que nadie hubiera esperado.

Esa tarde en el aeropuerto, Alice esperaba con Matt, los dos, ansiosos por ver llegar a Liam cruzar la puerta; ya lo habían recogido en otras ocasiones para tenerlo en la ciudad por el verano mientras visitaba a sus padres; pero esta vez era diferente, algo había sucedido: una confesión y solamente los implicados sabían al respecto.

—Ahí está— señaló Matt, al tiempo que se acercaba a saludar a su amigo.

—Hello dude! —fue el saludo de antaño con el que Liam lo recibió, mientras lo abrazaba —. ¡Wow!, y tú también estás aquí —dijo mientras miraba con una sonrisa a Alice.

—No me lo perdería por nada... —respondió Alice, devolviendo la sonrisa.

Los tres se encaminaron al estacionamiento; dos corazones palpitando una velocidad encima de lo normal.

—Así que Liam, al parecer todos sabían que venías, menos yo —dijo Alice.

—Bueno, quería que fuera una sorpresa, ¡debía ser una sorpresa!

—Lo sé, lo sé... Me lo pediste, pero no pude resistirme y se lo dije; así que mira, aquí estamos los dos para recibirte —dijo Matt.

—¿Lo ves? Ahora no puedes molestarme conmigo —señaló Liam.

—Ok, está bien. Aunque me hubiera gustado saber sobre tus planes; de esa manera te habría podido decir sobre el campamento a la playa donde Elisa y yo iremos. Sé cuánto te gusta el mar —comentó Alice.

—Bueno, sobre eso... —dijo Liam con una mirada sospechosa hacia Matt.

—¿Qué? ¿Qué está pasando ahora? —cuestionó Alice, sabiendo que algo se traían entre manos

—Pues que le dije a Liam sobre el campamento y... —respondió Matt sin poder terminar cuando Liam lo interrumpió.

—¡Que voy a ir con ustedes! —completó la frase un emocionado Liam.

—¿Qué? ¿Cómo? Pero entonces... Matt, ¿cuándo le dijiste? —dijo Alice con obvia curiosidad.

—Tranquila, tranquila hermana. Pues como yo sabía de tu campamento, se me ocurrió contárselo, así que ya tiene su lugar; al menos eso sí es una sorpresa para ti, ¿no? Así que él irá en mi representación a cuidarlas —sentenció Matt, con cierto orgullo.

—Así es. Iré contigo y con Elisa a la playa. Espero que no te moleste —advirtió Liam.

—¡Claro que no! Sabes que nunca podrías molestarme, es sólo que ahora sí me sorprendieron —dijo Alice.

—Bueno, pues me alegro que al menos una sorpresa haya funcionado —dijo Liam, mientras jugueteando golpeaba en el brazo a su amigo.

Al día siguiente, ya todos acomodados en el camión, Alice iba sentada con su mejor amiga; Elisa y Liam aprovecharon para ponerse al día sobre sus vidas, la escuela y planes para el verano.

El campamento estaba apostado justo a un costado de la playa, en casas de campaña. Un grupo de alrededor de 80 jóvenes, casi todos amigos entre ellos, o al menos lo serían al final de la semana. Fogatas en la noche, canciones con guitarra, expediciones a manglares, paseos en kayak y muchos, pero en verdad ¡muchos mosquitos!

Por la mañana tocó escalar para luego bajar por una pared rocosa con ayuda de sogas. Alice fue la primera de los tres en animarse; una vez que le pusieron todo el equipo de seguridad, ella se dispuso a bajar, confiada en que lo peor que podría pasar era quedar colgando y sostenida por las cuerdas. Apenas iba a dar el primer paso hacia abajo, cuando Liam se acercó a ella y

mirándola fijamente, le dijo:

—Cúidate... ¿Ok? —Alice asintió con la cabeza.

Aquellas palabras tan simples y sencillas, funcionaron como una descarga eléctrica, palabras que junto al apretón de su mano en la de ella, parecían echar chispas.

Una gran sonrisa iluminó su rostro y se supo cargada de una nueva energía y fuerza.

Con algunos tropiezos y muchas carcajadas, Alice logró bajar la pared de rocas.

—¡Lo logré! —gritó triunfante desde abajo

Elisa y Liam la observaron desde arriba celebrando su victoria; cada uno hizo lo propio, bajando de la misma manera, ahora siendo ella quien los animaba desde abajo. Para todos fue una experiencia divertida e inolvidable.

Esa misma tarde, fueron todos de paseo a los manglares, repartidos en diferentes lanchas coloridas. La vista era hermosa, el agua tranquila, rodeada de diferentes tonos de verde, el aire refrescaba la travesía de un día lleno de calor húmedo y piel llena de sal, además de las cabelleras esponjadas y despeinadas, más que de costumbre. Todos iban disfrutando del paradisíaco entorno, cuando Alice sintió la mano de Liam tomar suavemente la suya, para después firmemente sostenerla sobre su pierna. Ella, instantáneamente y sorprendida lo miró; él ya esperaba su mirada. Ambos sonrieron.

“No lo olvidó”, pensó Alice, mientras la sonrisa seguía en su rostro y su corazón danzaba como nunca antes.

Meses atrás, en una plática sostenida por internet (una de las pocas veces que coincidían en horarios), Alice compartía con Liam la telaraña de pensamientos que traía en la cabeza, sintiéndose presionada a tener una relación con un buen compañero de universidad, que llevaba ya mucho tiempo pretendiéndola y rogándole por una oportunidad. Al parecer, todos en el grupo y algunos amigos cercanos, pensaban que era una buena idea, ya que los veían como excelentes amigos. Sin embargo, para Alice era solamente eso: un buen amigo. Liam estaba al tanto de la situación desde el inicio, y nunca le gustó este chico para ella; “eres mucho para él”, le decía. Alice simplemente se reía, respondiendo que su comentario era ése porque la quería mucho y la conocía desde hace tanto. No obstante, en esta ocasión, Liam notó que Alice realmente la estaba pasando mal, ya que su rechazo lastimaba a alguien importante para ella. Fueron apenas unos minutos que intercambiaron

mensajes, Liam debía volver a clases y cerró sus argumentos con un “sólo sé que te quiero para mí...” Habiendo dicho eso, terminó la charla y se retiró...

Pasaron semanas, y no hablaron más al respecto; en sus emails no se tocó el tema, y aunque esa frase había quedado grabada en la mente de Alice, creyó que tal vez con el tiempo lo olvidaría, o que tal vez fue una ocurrencia que Liam dijo en el momento. Además, Liam siempre tenía chicas queriendo salir con él. No era el típico modelo de revista o actor de televisión, pero su manera de ser lo hacía muy atractivo y le abría puertas en cualquier lugar; sabía comportarse como todo un caballero, como amigo era muy atento y divertido, así que los amigos tampoco le hacían falta.

Por eso, aquella tarde durante el paseo en los manglares, Alice se sintió como la chica con más suerte de todo el campamento, o mejor dicho, de la playa entera.

Y así comenzó su historia... sin prisa y sin expectativa. Disfrutaron el resto de las vacaciones con el grupo de amigos, con una alegría nueva y fresca, algo que ninguno de los dos conocía. Fue como haber visto el mar por primera vez, una sorpresa indescriptible y hermosa.

No obstante, apenas unos días después de llegar a casa, Alice fue a casa de Elisa, notablemente triste. La chica alegre y sonriente que pasó sus mejores días en la playa se había esfumado, algo que Elisa notó de inmediato.

—Alice, ¿qué te pasa? ¿Por qué esa cara?

—Mis papás. Se los he dicho... No están de acuerdo.

—¿Qué...? Amiga, creo que tendrás que ser más clara con tu explicación —dijo Elisa, muy extrañada.

—Sobre Liam y yo. Se los he dicho. Mi mamá me ha pedido que lo termine.

—¿Qué? Pero... ¿por qué?

—Pues, porque sí...

—Eso no puede ser, Alice. Tal vez te dio algún argumento. Es decir, tus papás lo conocen desde siempre y lo han querido mucho. No entiendo...

—Pues como ahora no está estudiando ni tiene grandes planes, creen que no será buena influencia para mí. Quieren alguien más a mi nivel —señaló Alice con gran pesar.

—Pero, ¡si acaba de llegar! Liam apenas llegó hace unas semanas de Estados Unidos y debe decidir lo que va hacer, si se quedará aquí con sus padres o regresará a estudiar. No es el fin del mundo. Además, ya está trabajando ¿no es cierto?

—Sí, sí está trabajando ya. Algo muy temporal... pero mis papás no ven que esto sea formal o que esta relación lleve a algo serio.

—¡Ay, Alice! Lamento mucho que pases por esto. No me parece justo. Además, tú y Liam están muy chicos, apenas tienen 20 años, ¡por Dios! No pueden tener toda su vida resuelta ahora.

—Lo mismo pienso yo. ¡No quiero terminar con él Elisa!

—Lo sé amiga, y sé lo feliz que estás con él, nunca te había visto así. ¡Hay que estar ciego para no darse cuenta!

—¿Qué voy hacer? No quiero desobedecer a mi mamá.

—Amiga, lo siento; pero creo que en esta ocasión tus papás pueden estar equivocados. Dime, ¿quieres estar con Liam verdad?

—Claro que sí, lo sabes. ¡Sí, sí, sí! Y mil veces ¡sí...! —respondió Alice bastante decidida.

—Jajaja... ¡Claro que lo sabía! Ahora, ¿alguna de las razones que te dieron tus padres es que Liam sea mala persona?

—¡Por supuesto que no!

—Pues ahí lo tienes. No veo razón lógica para que te pidan esto. Por eso, amiga, tal vez tendrá que ser ésta la primera vez que vayas en su contra, pero debes defender lo que quieres y te hace feliz. Aún si eso implica que tu novio te lleve a pasear en camión y tenga un trabajo insignificante según ellos. Mi consejo es que elijas ser feliz.

—¡Vaya que nunca dejas de sorprenderme, Elisa! Todo lo que me dices, tienes razón. Lo haré. Estoy dispuesta a hacerlo porque me encanta Liam y soy muy feliz a su lado.

—Por cierto, ¿cómo reaccionó Matt con la noticia? No me digas que también se molestó.

—No, ¡para nada! De hecho le dio gusto; me dijo que nada mejor que su mejor amigo sea novio de su hermana. Creo que el hecho de que él ya esté enamorado desde hace tiempo ayuda en todo esto.

—¡Pues qué gusto! Aprovecha que tienes a Matt como tu aliado y a mí también, lo sabes. Además, es cuestión de tiempo para que Liam encuentre su lugar de nuevo aquí.

—Sí, estoy segura que lo hará —afirmó Alice.

—Aunque, al parecer su mamá está pensando en irse todos a Estados Unidos, ¿verdad? Algo así nos comentó en la playa.

—Pues aún no deciden qué hacer, todo son ideas por ahora.

—Bueno, no hay prisa por nada; mientras tanto, tú disfruta y sé feliz, que de eso se trata esta vida amiga... y ¡qué viva el amor! —concluyó Elisa con una gran sonrisa en el rostro mientras abrazaba a su amiga.

Bajo la Lluvia

Una tarde de sábado, de regreso del cine y yendo en el autobús, Liam hizo la parada antes de tiempo.

—Quiero caminar contigo, bajémonos aquí —dijo Liam, mientras tomaba de la mano a Alice.

—Ok

Era una tarde nublada y fresca, los dos caminaban juntos, sin prisa o rumbo fijo. A Liam no le importó hacer más de alguna improvisada pausa tan solo para abrazar a Alice, besarla, o simplemente bailar justo ahí, ya fuera con ella en brazos o solamente porque decidía comenzar a tararear una canción y bailar a su propio ritmo, teniendo a Alice como su único público.

Llegaron hasta un parque repleto de árboles altos y frondosos; los primeros colores del atardecer se colaron entre los follajes y la tierra comenzaba a oler a mojada, seguramente pronto llegaría la lluvia.

—Alice, mi *Babydoll*... Seguro escuchaste varias cosas de mí, acerca de mi vida antes de regresar a México, ¿cierto?

—Mmmm...sí, pero no sé exactamente a qué te refieres. Escuché muchas cosas; a las personas les gusta hablar.

—Creo que sabes lo que quiero decir. Me refiero a que seguramente escuchaste que probé... —dijo Liam, mientras su voz tembló un poco —que probé algunas cosas. Sé que lo decían, yo mismo lo escuché.

—Sí, escuché algo sobre eso.

—Y... ¿no te importa? —preguntó Liam con los ojos fijos en ella; su voz evidenciaba nerviosismo.

—No. Mmm... quiero decir, no sabía si creer o no, rumores siempre hay. Pero, tú sigues siendo el mismo de siempre y en este tiempo que llevamos juntos no he visto nada raro en ti. —sentenció Alice, al tiempo que Liam sonreía.

—¿Quieres saber si es verdad? ¿Te importa?

—Solamente si tú quieres compartirlo. No quiero que hables de algo que no quieres. Sé que hay cosas de las que prefieres no hablar, y si necesitas tiempo yo...

—¡Quiero compartirlo, quiero que lo sepas! Y quiero que puedas conocerme por completo —dijo Liam muy seguro y continuó—. Es verdad. Probé algo, creo que fueron dos veces...

Alice lo escuchaba con atención y lo miraba tiernamente, la mirada de él se perdía como buscando en el ayer, con un atisbo de tristeza y en su voz comenzó un tono de molestia.

—Me ofrecieron tantas cosas... La vida en Estados Unidos, la universidad... Es tan diferente aquí, a lo que vivimos cuando adolescentes, a lo que has vivido tú, estoy seguro. Los jóvenes tienen tanta libertad y pareciera que a nadie le importara; en cambio aquí, apenas alzas la voz y ya están llamando a tus padres para reportarte de mala conducta —relató Liam, para después hacer una pausa.

Alice no apartaba su mirada de él, mientras en su cabeza dibujaba esa vida que Liam le narraba, esos dos años que estuvo lejos y en donde se comunicaron por correos; él le compartía algunas cosas, pero nada como lo que ahora escuchaba de labios de Liam, quien tomando aire continuó.

—De verdad la vida allá es tan distinta, de un día para otro eres adulto, con total libertad. Estaba yo tan lejos de casa, tratando de acoplarme a otra vida, mi mamá desde otro país tratando de decirme cómo vivir cada día...

¡Agghh! Y yo... ¿de dónde soy Alice? ¿A dónde pertenezco? No lo sé. Desde pequeño me han llevado de un lado a otro, aquí en Estados Unidos, luego México, luego regreso otra vez a Estados Unidos... Y nada de esto es excusa, no lo es. Sólo trato de decirte cómo era mi vida en ese momento. Así que lo probé. Sí... Fumé dos veces, en la habitación de un amigo. Fue todo. Y no era para mí. A los otros tal vez les funcionaba para escapar por un momento de su realidad, ponerse locos, no sé. Sólo sé que no fue para mí. Quería... quería que lo supieras.

En este momento su mano, a pesar de estar entrelazada con la de Alice, él no la sujetaba mientras contaba su historia. Para ella fue como si Liam se hubiera transportado por esos minutos a ese lugar, poco tiempo atrás, donde pasó dos años estudiando Universidad. Ella trataba de imaginar mientras oía sus palabras; sintió tristeza de saber que durante ese tiempo él la había pasado mal, había tenido tiempos difíciles y ella estando tan lejos, ingenua a todo ello.

—Está bien Liam...

—Pero, ¿no te importa? Que haya fumado eso, que no fui el mejor estudiante y tú... Tú hiciste las cosas tan diferente. Sé que la gente, hasta tu familia cree que no soy bueno para ti.

—¡Detente, no digas más! —interrumpió Alice y continuó diciendo— soy feliz, soy inmensamente feliz. Desde que te conozco, siempre me has tratado bien; no solamente a mí, sino a todos a tu alrededor, sabes ser amigo, te gusta ayudar, eres noble, eres sincero, eres tierno, eres hermoso Liam, ¡eres lo más bello que pudo sucederme! Tú eres mi *prince charming*... ¿lo sabías? Y verdaderamente eres como un príncipe para mí; me haces sentir la mujer más bella e importante del mundo entero.

—Porque lo eres *Babydoll*, eres la más hermosa —dijo Liam mientras acariciaba el rostro Alice con ambas manos; y ella, tomando una de ellas, depositó ahí un beso, dejando ahí no solamente el cariño del momento, sino también queriendo aliviar un poco el dolor que sabía estuvo afligiendo el corazón de Liam, quién sabe por cuánto tiempo.

—Así que no, ¡no me importa nada de tu pasado! Es decir, nada que hayas hecho puede cambiar la manera en que yo te veo y quién eres para mí. Además, realmente no fue tan malo, me refiero a que probaste algo, quisiste tener una opinión propia, listo. Pero, no me interesa calificar nada de ello, no soy nadie para hacerlo —dijo Alice.

—Nunca imaginé que reaccionarías así... Creo que tenía algo de miedo

por decirte esto, pero quería ser sincero.

—Liam, lo que intento decirte es que te amo con cada parte de mi ser. Lo sé, lo siento, lo vivo, es lo que respiro a cada instante y esta gran alegría que siento en mí es porque tú eres la razón de ello. Así que, la gente, el mundo entero, pueden decir lo que sea. Mi corazón sabe quién eres tú, y mientras tú sepas que yo te amo, es todo lo que me importa —completó Alice, quien apretaba con fuerza las manos de Liam, que la miraba fijamente a los ojos, y ahí, en sus ojos, un brillo nuevo, como de serenidad, de paz, como si se hubiera despojado de un gran peso.

Debajo de ese cielo en el que algunas estrellas comenzaban a brillar, cobijados por los gigantes árboles y la tranquilidad de aquel lugar, y mientras algunas gotas de lluvia habían comenzado a caer, se abrazaron, sin decir nada más. Era como si todo lo que era necesario decir se hubiese dicho. Fue como si el tiempo se detuviera; no había prisa por estar en otro lugar, tampoco de decir ni de hacer... se dedicaron a estar por completo uno con el otro, dentro de sus brazos, creando así su propio mundo.

—*I would not change you for the world...* —susurró Liam en el oído de Alice, que sintió como si la hubieran despertado de un largo y plácido sueño.

Liam, tomándola de las manos, se separó y se inclinó hacia atrás, como dejando todo su peso en las manos de ella, quien hizo lo mismo y así comenzaron a balancearse en círculos, dando vueltas sobre el pasto mojado, con las ropas casi empapadas, el cielo completamente oscuro y apenas unas luces del parque alumbraban el lugar. Risas por doquier, sonrisas que nacían desde lo más profundo del corazón; corazones que se sabían amados y acogidos. Perfección y plenitud, justo ahí, justo así...

PROMESA

—Me da gusto que hayamos podido pasar estos días juntos antes de tu partida —dijo Alice.

—A mí también, aunque realmente esperaba que pudiéramos pasar Navidad juntos; sé que haría esta partida menos difícil.

—Yo también hubiera querido eso Liam, apenas faltan 4 días. ¡Me duele tanto que te vayas! —dijo Alice, mientras se escondía en el pecho de Liam, como si al hacerlo pudiera hacerse uno con él y nunca más separarse.

—Pero no pensemos en eso ahora, *Babydoll*; todavía tenemos esta noche y parte del día de mañana, así que te voy a disfrutar cada segundo —dijo Liam tratando de ser positivo en medio de la ya próxima despedida que también le partía el corazón.

Estaba en casa de Alice, al día siguiente llegarían los padres de Liam para comenzar el recorrido por tierra a Estados Unidos.

Cenaban con el resto de la familia, contando historias, tratando de no pensar en las pocas horas que les quedaban juntos; los bocados apenas si tenían sabor; cuando algo duele tanto dentro de tu ser no hay manera de encontrar sabor a otras cosas tan simples en la vida. Sin embargo, en medio de su nostalgia, intentaron sobrevivir a la velada, lograron reírse y pasar un buen rato con los demás; pero detrás de ello, los dos sabían que su alma suplicaba por no separarse.

Alguien tocó el timbre, y Alice se apresuró a abrir la puerta. Eran los padres de Liam.

—Pero, ¿qué hacen aquí? Se supone que nos vamos hasta mañana... —dijo Liam, obviamente sorprendido y no gratamente.

—Despídete hijo, creímos que sería mejor adelantar esto para mañana salir a primera hora —exclamó la mamá de Liam, desde la camioneta.

—¡Pero no pueden hacerme esto! Estamos cenando y habíamos quedado que nos íbamos hasta mañana. —reclamó Liam, bastante molesto.

—¡Liam, no lo diremos otra vez...! —sentenció la madre, muy seria, para luego dirigirse a Alice, entre angustiada y sorprendida—. Alice, será mejor que se despidan; les daremos unos minutos, pero no podemos esperar mucho, sé que lo entiendes cariño.

Alice estaba en shock, no pudo responder. Liam la tomó de la mano y volvió a casa con ella a tomar su maleta. En esos pocos minutos, no abrió la

boca, sólo miraba a Liam recoger sus cosas quien molesto, no dejaba de quejarse por el cambio de planes tan abrupto de sus padres. Los ojos de ella comenzaron a inundarse de lágrimas que caían pesadamente, una detrás de la otra. El sonido del cierre de la maleta, sonó como una rasgadura en el alma. Liam, de manera inconsciente, casi en automático, se despidió de los que estaban en casa, parecía más dormido que despierto; ambos salieron a la calle donde Liam arrojó furioso su maleta a la camioneta.

—Es hora... —dijo él, parándose frente a Alice, que tenía la mirada perdida.

—¡No puedo creer esto! —dijo Alice, quien con un llanto incontenible se arrojaba de nuevo a sus brazos. Él la estrechaba con fuerza, como si tratara de guardarla en su pecho y llevarla consigo por siempre; respiraba su aroma queriendo memorizarlo y no olvidar un solo detalle, sus manos temblorosas acariciaban suavemente su cabello.

En esos momentos, un pensamiento atravesó la mente de Alice, “solamente corran, ¡corran y no miren atrás...!” Quiso hacerlo, pero sabía que no tenía caso.

Liam, separándose de ella, la tomó de las manos.

—Olvidé mi cartera en el cuarto.

La acongojada pareja de jóvenes entró nuevamente a la casa; una vez ahí, Alice quiso ayudar a Liam a encontrar la cartera extraviada y preguntó:

—¿Dónde la dejaste?

—No era verdad... Aquí la tengo conmigo, sólo quería tener un momento más a tu lado para besarte.

Sin decir más, Liam la tomó nuevamente en sus brazos; con la mano acariciando su rostro, la besó tierna y dulcemente, sin prisa, como si el tiempo no estuviera en su contra, como si sus labios supieran lo que el futuro deparaba.

—Regresaré... —dijo Liam mientras sostenía el rostro de Alice en sus manos y la miraba a los ojos.

—Lo sé —respondió ella.

—Confía en mí. Es una promesa. Volveré por ti... —le dijo, al tiempo que volvía a besarla.

Aquella noche de un viernes 21 de diciembre, Alice vio partir a su gran amor.

Le dijeron que debía decir adiós, que debía despedirse, mas sus labios no

lo hicieron... Su única respuesta fue: “¡te esperaré!”.

Las luces rojas de la parte trasera del auto se disolvieron en la noche, mas no su amor...

El sonido de la voz de Liam se apagó, mas no su amor...

Los kilómetros entre ellos comenzaban a sumarse, así como la convicción de esperar por su regreso.

ME NIEGO

Me niego a decir adiós,
mi corazón no te suelta,
porque así lo quiero,

porque así te quiero,
porque así nos quiero.

Dejarás tal vez de escuchar mi voz,
de encontrarte en mis ojos
o fundirnos al tocarnos la piel,
pero no por eso desaparezco,
porque nos llevamos dentro
y aún en el silencio, te hablo.

En esta distancia que nos mata y nos duele,
te abrazo.

En esta oscuridad, te sigo encontrando.
El Universo te susurrará mi nombre,
el viento cantará nuestras canciones
y en las estrellas encontrarás mis ojos.

Te espero, cariño mío...

SU AROMA

Mucho tiempo antes de que Alice y Liam comenzaran su romance, había algo que compartían, en lo cual eran cómplices. Todos los días en la escuela, había un momento, casi siempre a la misma hora, en que se cruzaban por los pasillos los dos grupos, el de él, el de ella, momento en que los demás compañeros aprovechaban para saludar a otros o charlas de apenas unos segundos, nunca faltaba el que contaba un chiste o comenzaba un poco de relajo, al fin y al cabo, adolescentes. Sin embargo, para Alice y Liam, era el momento de “reconocerse”, apenas se miraban de lejos, se sonreían y se acercaban el uno al otro. Liam tenía pasión por las lociones, al igual que Alice (que siempre gozó de muy buen olfato), así que cuando se encontraban en ese pasillo ella se acercaba al cuello de él y lo olfateaba, tratando de reconocer la loción que usaba ese día...

—¿Tommy? —susurraba Alice, no sintiéndose aún tan segura de su respuesta.

—No, es Calvin Klein —respondía Liam con una sonrisa. Una ocurrencia de apenas unos segundos, pero era de los más felices para ellos, algo solamente suyo.

Esto es algo que recordarían años después, ya que Liam seguía con la buena disciplina de usar loción; primero, por gusto propio y segundo, sabía cuánto Alice lo disfrutaba.

En una ocasión, Alice recibió cartas de Liam desde Estados Unidos, durante su entrenamiento para la Fuerza Aérea...

—¡Llegó, llegó por fin un paquete de Liam! —gritaba emocionada mientras levantaba el paquete del piso y saltaba como niña con juguete nuevo.

Habían pasado varias semanas desde la última carta y sus llamadas se hacían muy esporádicas, por lo que tener por fin un paquete y noticias de él, hacían sentir a Alice en la cima del universo.

Con la emoción a tope, subió las escaleras, cerrando la puerta tras de sí; quería congelar ese momento sólo para ella y sin interrupciones.

—¡Uff! ¡Este paquete es tan tuyo Liam! —decía Alice mientras abrazaba el gran paquete contra su pecho, cerrando sus ojos al mismo tiempo, como si fuera él quien estuviera entre sus brazos; impaciente forcejeaba por abrir aquel sobre color amarillo repleto de cinta adhesiva, al parecer para no romperse, pues obviamente estaba muy lleno.

Ansiosa pero cuidadosamente cortó el paquete por una de las orillas, asegurándose de no cortar nada más.

—¡Wow! Esto es maravilloso... —Exclamaba Alice mientras sacaba poco a poco el contenido del mismo: una sudadera gris con la leyenda *Air Force* en el pecho, un montón de cartas en diferentes papeles y tonos de pluma, así como diferentes estilos de letra, que fácilmente demostraban el estado de ánimo de Liam mientras escribía.

—¿Y esto? Aquí... ¡No puede ser! —gritó Alice, emocionada

Sacó una caja pequeña envuelta en papel dorado; ella sabía perfectamente lo que era; un perfume, pero no uno cualquiera, era uno de sus favoritos que justamente se había roto semanas atrás. Ella se lo había mencionado a Liam en una de sus cartas. Pues bien, todo indicaba que alguien puso la atención debida al leerlas.

Las lágrimas no tardaron en brotar; Alice, emocionada, olía aquella fragancia con sobrada alegría y, obviamente, para ese momento ya estrenaba la sudadera gris, que dicho sea de paso, venía perfumada pero con otro aroma: el de Liam.

—¡Aaaah! Todavía huele a ti. Esto es como si estuvieras aquí, justo aquí conmigo... —decía Alice mientras tomaba las cartas en sus manos, pero miraba al cielo, como si buscara que su voz alcanzara a su lejano amor en el país vecino; ella continuó hablándole tal como si él la escuchara.

—Y este perfume significa tanto, ¡tanto!; sé que piensas en mí, así como yo en ti. Estos detalles tan tuyos me gustan tanto, lo sabes, me conoces bien... Ya falta menos, menos para volver a vernos; y mientras tú te preparas yo también lo hago. Juntos construiremos una vida hermosa, así como lo era cuando estábamos juntos. Mi querido Liam, te quiero demasiado... ¡demasiado! —exclamó mientras abrazaba otra vez las cartas, donde leía...

*“Te acompaño sin mirarte,
te abrazo sin tocarte,
te amo sin olvidarte”.*

Liam

—*Babydoll*, me da gusto que te haya gustado el perfume. Me tomó un poco de tiempo encontrarlo, así que solamente envié el paquete hasta tenerlo también. Sé que estabas triste por haber roto el tuyo —decía Liam al otro lado del teléfono.

—Es un detalle muy tuyo, de verdad gracias. Lo usaré cuando te extrañe demasiado, no quiero que se me termine.

—Jaja, ¡no te apures por eso! Cuando se termine te compraré otro. De hecho, quiero darte unas buenas noticias.

—¿Buenas noticias? ¡¿Es en serio?! De qué se trata, ¿vendrás pronto, te darán vacaciones?

—Tranquila, tranquila, jaja; no es exactamente eso, pero creo es mucho mejor. *Babydoll*, sabes que apenas llevo unos meses aquí y estoy empezando literalmente de cero.

—Lo sé, lo sé... Pero entonces ¿cuáles son las buenas noticias? Dime, que muero por saber.

—Pues, lo que más deseo en la vida es estar contigo y me refiero a estar contigo para siempre. Así que hablé con mis superiores para saber cómo estaba aquí, todos los tiempos; quiero tener una idea más clara de cuánto debemos esperar para estar juntos, así que... al parecer, podremos casarnos en 2 años.

—¡Wow! ¡2 años!

—Lo sé, suena bien, ¿verdad? Y para ese entonces tendré mejor rango, algo más de dinero y podremos estar juntos para siempre. Ahora recuérdame, ¿cuánto más falta para que tú termines tus estudios de Diseño?

—Pues mira, si no será hermosa la vida, jaja, me falta justo poco más de dos años, pero eso no importa, porque si es necesario adelantaré materias, haré lo que haga falta. Esta vida sin ti no sabe igual, me haces falta, es como si viviera en piloto automático, no sé cómo no extrañarte.

—¡Awww, tan linda mi *Babydoll*! Eres tan tierna, me dices cosas muy lindas, hasta me lo voy a creer. Aquí me ayuda mucho estar lleno de actividades, pero lo sabes bien, eres mi primer pensamiento al despertar y lo mismo cuando me voy a dormir; pienso en ti, me acuerdo de los momentos que compartimos, me gusta imaginar tu risa, como si nada más te importara. De hecho, antes de que te fijaras en mí, cuando éramos solo amigos y estábamos en la escuela en diferentes salones, yo podía escuchar cuando te reías a carcajadas y eso me hacía sonreír, saber que estabas feliz.

—¿En serio podías escucharme desde el otro salón? No lo sabía, no me lo

habías dicho.

—Pues tal vez yo tengo oído “biónico”, pero sí; además es difícil que alguien no te escuche cuando te ríes en todo tu esplendor.

—¡Ufff! Y ni me lo recuerdes; eso nos trajo a Elisa y a mí muchos regaños y castigos.

—Ya lo sé, pero era porque algunos maestros estaban muy amargados, eran demasiado estrictos. Además, todos los que las veíamos o escuchábamos lo disfrutábamos, en especial yo. Te quiero desde hace tanto, tanto... Y tú solo me veías como otro amigo.

—¡Ay Liam! Ya estás diciéndome lo mismo otra vez. Por mi parte, te he dicho que en ese tiempo no podía verte de otra manera; eras como mi hermano, el mejor amigo de mi hermano y estabas en casa casi todas las tardes. En fin, nunca lo imaginé, es todo. Pero, ¡míranos!, ahora estamos aquí, juntos, aunque lejos, pero juntos. Sabes que en mi corazón solamente estás tú, te adoro con cada parte de mi ser.

—¡Tan bonita, mi *Babydoll*! Lo sé; estoy feliz de que esos años de ser ignorado porque me creías un amigo hayan terminado, jaja, y ahora puedo presumirte como mi novia. ¡Soy novio de Alice! Seguro muchos se mueren de envidia, y cuando seas mi esposa no dejaré de presumirlo.

—Te quiero, Liam... —dijo Alice, con voz suave.

—Y yo a ti. Por siempre. No lo olvides. Así que, solamente dos años e iré por ti para casarnos. Pensemos en eso, valdrá la pena.

—Lo sé, claro que valdrá la pena. Además, hemos pasado tanto tiempo ya separados, es decir, antes de estar juntos ahora.

—Te entiendo. Muy bien, mi *Babydoll*, debo irme; pero recuerda, dos años. Te lo dije aquella noche afuera de tu casa y lo repito: volveré por ti, ¿ok? ¿Me esperarás?

—Siempre...

—Te amo Alice, completamente.

CARTAS SIN ENVIAR

“No importa si no sé dónde está, seguiré escribiendo, pues sé que de alguna manera en estas líneas, en estas palabras Liam me escucha y sabe que no lo he olvidado, que lo espero, que cada una de mis lágrimas lleva la memoria de su adiós”.

Ése era el sentir de Alice con cada carta que se escribía, rociaba con algo de perfume y luego cuidadosamente guardaba en una caja, junto con muchas otras, todas para él, su gran amor, Liam.

En ellas le contaba sobre sus días en la Universidad, los nuevos amigos y aventuras, de cuánto desearía compartir momentos a su lado. Al menos, pensaba, de esa manera estaría al tanto de su vida y tal vez, pudiera olvidar los estragos de la guerra.

Sí, la temida guerra había comenzado. No había manera de que ellos lo supieran. El ataque terrorista de esa mañana del 11 de Septiembre cambiaría el rumbo de sus vidas para siempre.

Alice había recibido un correo electrónico de los padres de Liam, pidiéndole pudiera hablar con él, ya que estando tan lejos de casa, en un país extraño y ahora peleando una guerra, él estaba desconsolado, sin querer hablar con nadie. Lo único que atinaron a pensar sus padres, quienes años atrás se lo habían llevado tan lejos de ella, era que ella pudiera animarlo. Así que ahí estaba: sentada en su escritorio del dormitorio de estudiantes de la Universidad, en un semestre de intercambio, experimentando también por vez primera lo que era estar tan lejos de casa, extrañando tanto a Liam, intentando disfrutar la experiencia de ser una colegiala libre de más preocupaciones que las básicas, estudiar y sacar buenas notas. Además de disfrutar la libertad de vivir entre jóvenes estudiantes de la misma edad, sin más autoridad en esos departamentos que sus propias ganas de vivir y comerse el mundo a bocados.

España podría ser el lugar ideal para olvidar a Liam, dejar de extrañarlo o creer siquiera que volvería. Había pasado ya un año desde su partida y las noticias de él eran cada vez más escasas.

Pero esa tarde, después de clases mientras miraba sus correos, se encontró con ese mensaje de los padres de Liam, pidiéndole ayuda para animar a su hijo, con quien al parecer, tampoco tenían mucho contacto y por lo que decían, estaba sumido en una seria depresión.

“Si tan solo pudiera llegar hasta él, verlo, darle uno de los tantos abrazos

que he guardado para él. En tiempo de guerra, odio y olvido, levanto mi bandera blanca donde mi corazón abraza al tuyo hasta el final”, pensaba, mientras miraba su pared, donde tenía la foto que había pegado desde que llegó a lo que sería su nuevo hogar por los siguientes 6 meses, una fotografía de ella y Liam en una fiesta poco antes de Navidad. Él, vestido con una camisa azul y su pelo bien peinado; ella, con una blusa roja, su color favorito, de *cashmere* que él le había regalado días antes. En la foto, los dos sonreían, el brazo de él alrededor de los hombros de Alice, y los ojos de ambos destellando una luz que no podía ser más que felicidad. Esa noche, ese momento, juntos celebrando con otros amigos, la alegría y la plenitud era total. Apenas unos días después llegaría la despedida, pero ninguno de los lo sospechaba, en ese momento no había nada más que pudieran pedir a la vida, pues lo tenían todo ahí mismo: uno al otro. Amor y alegría plena.

Alice miraba esa foto mientras pensaba en la petición de los padres de Liam, querían que lo buscara y animara, era ella su última opción para lograr tal cometido. Pero, ¿a dónde? Ella no sabía cómo ponerse en contacto con Liam, de hacerlo, ya lo habría hecho tiempo atrás. Y ahí estaba, después de tanta oscuridad y la respuesta a la pregunta que se hizo tantas veces: un correo electrónico. Un correo de Liam, hasta entonces desconocido para ella, donde podría comunicarse con él.

ESPERO POR TI

En mi inocencia te conocí,
y en un parpadear te amé.
Tus brazos, mi universo,
tus labios, mi respirar,
tan sólo pensarte, mi sonreír.

Las lágrimas llegaron con tu adiós,
mas prometiste volver.
Las estaciones pasaron
sin llevarse mi dolor.

Una guerra tu voz apagó,
si buscarte entre los vivos o los muertos
no lo sé yo,
pues el tiempo todo rastro borró.
Mas el recuerdo de tu aroma
aún queda en mí,
así como la promesa de tu regreso.

Vuelve, amor mío,
que yo espero por ti.

PARTE II

DI QUE SÍ

Solo di que sí a lo desconocido,
a la aventura.
Cierra los ojos y déjate ir,
sigue a tu corazón, salta, déjalo ir.
Déjate ser
porque estás liberando tu alma.
Sin temor, sin preguntas ni expectativas.
Solamente asombro,
asombro por el próximo momento,
por la magia,
porque cuando no esperas nada,
lo que llega en tu camino es una total sorpresa.
Así que deja que la vida te sorprenda,
y comienza a decir sí.

TÉ INGLÉS

Qué lindo era ver aquellos paisajes, pequeñas colinas verdes una detrás de otra con césped que parecía alfombra suave desde lejos. Era la primera vez que Alice veía tan de cerca esas famosas ovejas tan llenas de lana, que conocía solamente por los programas que veía en televisión cuando era niña. Aquello parecía un sueño, el cielo tan limpio y tan azul, algo que ha sido tan predilecto de ella.

—Un cielo azul resalta los colores del alrededor, además me anima a respirar aún más profundo —exclamaba Alice, mientras por la carretera veía esa naturaleza tan linda de Inglaterra. Un nuevo amor la había llevado hasta ahí: William.

Se habían conocido meses atrás y William ya conocía a la familia de Alice, así que ahora el turno de ella por conocer a la familia de él, además de ver su mundo.

Alice se había dado ya por vencida en la búsqueda de Liam. Casi 6 años habían pasado desde su partida, una guerra que aún continuaba y sin embargo, de Liam no se sabía nada. Intentó de tantas maneras, hasta llegó a buscar por internet la lista de nombres de los soldados caídos en batalla, esperando en algún lugar encontrar vestigio de su amor.

Aunque era una mezcla de emociones el buscar el nombre entre muchos de los que habían fallecido, era desesperante no encontrar rastros de él. Alegría por no encontrar su nombre ahí, y por otro lado, tristeza e impotencia de no saber por dónde más buscar.

Por fin se había dado la oportunidad de salir con alguien, conocer chicos y tal vez dar lugar al amor.

William parecía ser el candidato ideal. Desde el principio mostró un interés genuino en Alice, ya que a pesar de residir en diferentes países y hablar idiomas tan distintos, él se las ingeniaba para estar en contacto con ella, haciéndole llegar regalos, cartas, y por supuesto, las llamadas telefónicas estaban a la orden del día; podían pasar horas hablando, sin que a él le preocupara la cuenta por pagar al final de mes.

Ahora estando ella en Inglaterra y después de meses de esperar por la fecha para estar de nuevo con William, por fin estaba ahí.

“Me pregunto cómo es la familia de William, su mundo, su historia. Hemos hablado tanto y compartido mucho, pero ahora podré ver todo lo que me ha platicado con mis propios ojos”, —Alice se decía para sí.

De inmediato, la familia de William la acogió con gusto y felicidad, al parecer les entusiasmaba la idea de que su hijo saliera con alguien; siempre se había mostrado muy reservado en esta área, pero ahora todos veían la visita de Alice como buenas noticias.

En el viaje Alice pudo entender por qué todo mundo hablaba sobre el té inglés, pues a cada lugar que iba le ofrecía una taza de té; además, fue curioso para ella que en algunos sitios también acostumbraran el azúcar en pequeños cubos, “como en las películas” —recitaba Alice, lo cual daba a la ceremonia del té aún más novedad.

—¿Y cuál es entonces la hora del té —preguntó Alice a William.

—¿A qué te refieres, *my dear*?

—Pues a que seguro debe haber una hora del día donde la mayor parte de la gente aquí en Inglaterra toma el té, ¿no? Así lo he visto muchas veces en libros o televisión. ¿Es por la tarde o por la mañana? —la pregunta de Alice hizo reír a William, que seguía escuchando cómo Alice comparaba tanto las cosas que observaba ahí con cosas o sucesos que había visto antes en la pantalla o en algún libro. Dulcemente le respondió.

—No hay alguna hora exacta, *my dear*; aquí lo tomamos cada vez que queramos, como has visto. A veces es lo primero que tomamos cuando despertamos, podemos tomar otro para acompañar nuestro desayuno, o tal vez durante la mañana; obviamente después de comer tomaremos algún otro, a media tarde o cuando comienza a oscurecer también es muy común, o durante la merienda si comemos alguna galleta o pastelillo, y seguramente después de la cena, antes de dormir —William se rió aún más al ver los ojos de Alice que se abrían cada vez mientras lo escuchaba, seguramente de asombro al contar todas las veces que se acostumbraba beber té, —por eso es que no hay una hora exacta, simplemente lo tomamos cuando queramos, y obviamente si alguien llega a visitarte, ofreces una taza de té.

—Definitivamente, lo toman demasiado, no me queda duda. —fue la respuesta final que sirvió como colofón a aquella charla alrededor del té y sus horarios para tomarlo.

El viaje duraría un par de semanas y durante su estadía Alice experimentó cosas nuevas. No era solamente la comida o todo el té durante el día; eran también las costumbres de William, como ir a una iglesia donde las mujeres se cubrían la cabeza con un pañuelo, algo que ella no había visto antes, al menos no en una iglesia que no fuera musulmana; o usar el baño fuera de la casa, pues ahí era donde estaba. Una ocasión hablaron un poco al respecto:

—*My dear*, si nos casamos, vendremos a esta iglesia donde viene gran parte de mi familia, y así como mi mamá y mis hermanas se cubren la cabeza, tú tendrás que cubrir la tuya.

—Sabía de algunas iglesias donde lo hacen, pero creía eso había dejado de usarse hace muchos años. Me sorprende que aquí, en un país mucho más avanzado que el mío, lo sigan haciendo.

—Pero esto no es anticuado, es una señal de respeto y obediencia. Como hoy que me has acompañado y lo usaste, agradezco mucho lo hayas hecho. No fue tan difícil, ¿verdad? Simplemente así tendrías que usarlo cada vez que vengamos juntos.

—No, no fue complicado, lo hice porque así es la costumbre. Sin embargo, no estoy tan segura si querré usarlo, es decir, para mí no tiene sentido.

—Alice, *my dear*, tendrías que usarlo, no habría opción —contestó William en un tono un tanto más serio.

—Hay muchas cosas que aún no sabemos. No nos estanquemos en este tema, ¿quieres? Podría decir mucho más al respecto, pero no quisiera tener una gran conversación al respecto justo ahora que la estamos pasando tan bien. Llegado el momento hablaremos de ello, créeme.

William la miró un tanto preocupado, como inseguro si debía dejar ahí la conversación o insistir en llegar a una conclusión de una sola vez. Sin embargo, las palabras calmadas y sonrisa de Alice lo convencieron de dejar el tema por la paz, al menos por esa ocasión.

Él se deshacía en mimos y cuidados para Alice; un día la sorprendió mucho más de la cuenta. Después de desayunar como todos los días, subieron al auto y comenzaron la travesía hacia un nuevo destino, algún lugar desconocido para ella, donde pasaría el resto del día caminando y tomando fotos. A pesar del frío, más común de lo habitual para Alice, con todo lo disfrutaba, lo veía como parte de la aventura, del recorrido y novedad de estar en un lugar nuevo y diferente.

Ese día, el destino a conocer estaba dentro de la misma ciudad, no se alejaron tanto como en otras ocasiones. Llegaron a una calle algo transitada, con tiendas alrededor, uno que otro café también. De pronto, Will se estacionó delante de una casa, se bajó del carro y dio la vuelta para abrir la puerta a Alice, extendiéndole la mano.

—¡Listo, hemos llegado! Hay algo que quiero mostrarte.

—¿Aquí? —preguntó extrañada, ya que en días anteriores los destinos a conocer estaba fueran de la ciudad, así que ahora, habiendo recorrido apenas unos minutos se sorprendió, pero pensó tal vez Will quería mostrarle algún lugar favorito o algo así. Le dio la mano y lo siguió.

Caminaron un poco, él sacó una llave al tiempo que se detenía frente a una puerta blanca y la abrió. Apenas acabaron de entrar cuando comenzó..

—¡Bienvenida a tu nueva casa *my dear*! La he comprado para ti, para los dos.

Alice lo miraba sorprendida, aún callada, sin saber qué decir, apenas atinaba a dar más pasos, lo que al principio hubiera sido algo tan común como llegar a un lugar nuevo y conocerlo, le resultó impactante. No estaba segura de lo que sentía al haber escuchado las palabras de William.

—*My sweetheart*, ¿te gusta? ¿Qué te parece? Ven, vamos a que la conozcas —continuaba él diciendo, sin caer en cuenta por completo de cómo se sentía Alice. La tomó de la mano y comenzó a mostrarle todo, desde las reparaciones que ya había hecho en algunas paredes, pasando por la cocina que estaba en el primer piso, para luego ver algunas habitaciones en el segundo piso y por último, el tercer piso, donde había un cuarto con una ventana que daba a la calle, iluminado muy lindo con la luz que recibía del sol, lo cual lo le daba una sensación realmente agradable, cálida y muy acogedora.

♦♦♦—Y aquí puede ser tu oficina *my dear*, podrás diseñar y hacer lo que tu gustes, tener tus cosas, tu computadora, tus papeles, colores, lo que quieras, un lugar solamente para ti —continuaba diciendo William emocionado, quien relataba historias a lo largo de toda la casa.

Había llegado la hora de despedirse; para Alice, de volver a su México lindo y querido, de dejar atrás a William y unos días esplendorosos que tuvo a su lado, donde él no cesaba de repetirle lo hermosa que era o darle regalos sólo porque sí.

Aún con todo, estaba emocionada con la idea de regresar a casa y poner en orden sus ideas. Había mucho por pensar, Will le había dejado claro que de ella quererlo pronto podrían tener una vida juntos en Inglaterra o en México, él bien podría ajustar su agenda y negocios para hacerlo funcionar. La decisión final estaba en sus manos.

SONRISAS EN TAIWÁN

Un “sí” fue lo que la había llevado a ese lugar, del otro lado del mundo, donde Alice pensaba todo sería completamente diferente, y lo era, y al mismo tiempo, seguía siendo igual.

Estar en Taiwán era como estar soñando despierta.

Motocicletas por todos lados, gente caminando por las calles, ruido de autos, edificios altos por doquier, señales de tráfico, restaurantes y tiendas en signos tan desconocidos y también, tan divertidos.

Su buen amigo Chris la invitó a ser maestra en ese país, lo cual nunca hubiese pasado por su mente, pero cuando vio todo sobre la mesa, la oportunidad esperando ahí a que ella la tomara dijo que sí.

Juntó sus ahorros, compró su boleto de avión y comenzó la aventura.

Esta ocasión dejaba atrás algo que le hizo un tanto difícil la partida: Elisa, su mejor amiga. Ésta sería la segunda ocasión en que se separaría de ella por tanto tiempo, sin embargo; aún Elisa la animó a tomar la decisión de ir.

—Alice, debes aprovechar esta oportunidad. Será algo que nunca olvidarás.

—Pero es al menos un semestre y te extrañaré mucho, estoy tan acostumbrada a nuestras actividades juntas. Quisiera que tú vinieras también.

—Lo sé Alice, y en otro tiempo de mi vida tal vez lo hubiera hecho, me habría encantado la idea de viajar a otro país lejano contigo, y aún más con Chris que siempre nos pone tan de buenas y con quien la pasamos tan bien. Pero sabes muy bien amiga que no puedo, o más bien, no quiero, no quiero dejar a Paul.

Hablaba de su novio con quien ya tenía algunos años saliendo, y continuó diciendo:

—Nuestra relación es estable, de verdad lo amo.

Su voz era segura y Alice lo sabía bien, los había visto desde que se conocieron, cómo Elisa se emocionó tanto desde la primera vez que lo conoció en su trabajo y cada que lo veía su corazón palpitaba, después de algunas semanas llegó la primera cita y lo demás era ya historia.

—¡Uf! —Suspiró Alice, asintiendo y bajando los hombros— Tienes tanta razón Elisa, seguramente si yo tuviera un Paul en mi vida, tampoco me iría de su lado. Eres privilegiada, los dos lo son por haberse encontrado y yo soy feliz de verte feliz. Supongo entonces que nos veremos al final del semestre,

cuando regrese —dijo Alice al mismo tiempo que extendía sus brazos para abrazar a su amiga.

—O tal vez Paul y yo los alcancemos allá, podríamos ir a visitarlos. Sería una buena idea, ¿no crees?

Al decir esto, los ojos de Alice brillaron de emoción.

—¡Eso sería increíble, sabes que me encantaría... —las dos, entre sonrisas y alegría, se fundieron en un abrazo largo.

Dejando a su querida amiga atrás, Alice partió a Taiwán, sabiendo le esperaban historias nuevas, aventuras, lugares por conocer, personas... sin embargo, nunca pasó por su mente que la vida aún le tenía preparadas algunas sorpresas más...

Chris era un joven canadiense maestro en una escuela de Taiwán, siempre con una sonrisa en el rostro y un abrazo para quien lo necesitara. Tenía ya dos veranos pasando las vacaciones con Alice y Elisa. Su amistad había crecido y ahora los tres se sentían como hermanos. Cuando era hora de que Chris regresara, era sin duda un momento triste para todos, ya que los días compartidos se sentían tan ligeros, tan felices y tan especiales. Hasta la plática más sencilla se convertía en una delicia a su lado. Tal vez era su manera de escuchar, siempre prestaba atención, la mirada fija que conectaba con gran empatía. Así era como lo sentían Alice y Elisa. Además de que a su lado siempre había una razón extra para reír, no tenía que esforzarse para ganarse el cariño de las personas. La familia de Alice, como el resto de sus amigos, también llegaron a llevarse muy bien con él.

Una vez instalada en su nuevo hogar, un departamento compartido con dos buenos amigos de Chris, originarios de Sudáfrica, quienes también estaban ahí como maestros, se dedicó a recorrer las calles de Taiwán tanto como pudo. Descubrió que temprano por las mañanas, en un parque cercano, adultos mayores practicaban alguna clase de danza, algo así como *Tai chi*, todos organizados y en tiempo, parecía que todos conocían los movimientos a la perfección. También se encontró con que mucha gente, además de usar la moto como medio de transporte, también utilizaban la bicicleta, sobre todo vio a muchas mujeres, o tal vez fue esto lo que más le llamó la atención, ver a mujeres bastante bien arregladas, con pantalón de vestir o falda, recorrer las calles de la ciudad en sus bicicletas. A Alice le parecía que lucían como un elegante dibujo animado. Es decir, cuando ella andaba en bicicleta, no lucía para nada como ellas, a pesar de las altas temperaturas en verano y el calor húmedo que había en la ciudad, la mayoría de las señoras que Alice se

encontraba, parecía que nunca perdían el estilo o el glamour. Ella, en comparación, desde que salía de casa era en shorts, zapatos tenis, playera y su pelo recogido en un chongo enmarañado. Sí, exactamente lo opuesto al glamour y delicadeza de las mujeres que vio ahí.

A los pocos días de haber llegado, Alice ya estaba en su nuevo trabajo, sabía tomar el tren para largas distancias, y dónde comprar el café por las mañanas –fue precisamente aquí donde comenzó su afición al bagel con queso crema y mermelada– gusto que Chris le compartió.

Una tarde de domingo, sentados como tantas otras veces junto a una taza de café, Chris y Alice esperaban la hora de reunirse a cenar con algunos amigos.

—*I like you...* —dijo Chris, sonriendo a Alice.

—*I like you too, Chris...* —fue su respuesta inmediata.

—No, me refiero a que de verdad, de verdad me gustas —dijo Chris en un tono más insistente.

Alice lo miró atenta tratando de descifrar sus palabras, sabía que este último tono era diferente a los típicos de su amigo.

—Alice, lo que intento decirte es que me gustas mucho más que una simple amiga y me gustaría que fuéramos algo más... —comentó Chris.

Para este momento, aún sin terminar por completo su oración, los ojos de Alice estaban más abiertos que nunca; sintió como si un balde de agua fría le hubiera caído encima. Chris, seguro de sí mismo, insistió.

—¿Te gustaría intentarlo? ¿Darnos la oportunidad de ser una pareja? Tú y yo... Creo que podríamos tener algo bueno Alice; somos los mejores amigos, me conoces, conoces a mis amigos, conocemos a nuestras familias y nos llevamos de maravilla, creo que lo que tenemos es oro puro

Ella seguía en shock. Nunca esperó escuchar esas palabras por parte de Chris, estaba acostumbrada a verlo como su amigo, se contaban todo y de repente escuchar esto, fue de verdad una sorpresa. Risa... Esa fue la primera respuesta de Alice, una risa a carcajadas. Chris la miraba maravillado, no era nada nuevo para él ver a su amiga así, podía reír en situaciones tan inoportunas para muchos, pero él la conocía así que esperó paciente mientras disfrutaba mirarla, como si no tuviera prisa, sus ojos fijos en ella, y Alice por su parte, al sentir esa mirada y ver la sonrisa de Chris lo supo, no tuvo que pensarlo más, una sensación de alegría y paz en su interior.

—Si con alguien estoy dispuesta a arriesgar es contigo Chris. Será un placer para mí comenzar esta nueva aventura a tu lado —le dijo mientras la cara de él se iluminaba cada vez más y su sonrisa crecía con la misma

intensidad. Justo cuando ella terminó de hablar, él se levantó del sofá de un solo salto y comenzó a bailar festejando las buenas nuevas. Alice reía alegremente al verlo.



Apenas habían pasado dos semanas cuando Alice ya se sentía como en casa en su trabajo de maestra en una de las mejores escuelas de la ciudad, lugar donde también trabajaba Chris; así que por las mañanas, él pasaba por ella en su motocicleta para irse juntos a enseñar. Primero pasaban a un café, platicaban un poco, y seguía cada quien sus labores.

A Alice le gustaba buscar a Chris cuando terminaba sus labores o había algún descanso, si no lo hacía ella, lo hacía él, disfrutaban pasar tiempo juntos, así fuera para trabajar hombro a hombro o compartir las historias del día, cuando podían y los horarios coincidían iban a comer juntos ya fuera ellos solos o con otros amigos colegas. Estar juntos se sentía tan fácil y natural. La realidad es que era imposible no querer a Chris. Ahora que Alice vivía en su mundo, se daba cuenta que no solamente ella y Elisa las que de inmediato se enamoraron de la persona que era, por su manera de ser, simplemente se ganaba a las personas.

La vida en Taiwán parecía ir a otro ritmo, uno más tranquilo. Tal vez era por la seguridad que se sentía alrededor, desde el hecho de caminar por las calles sin necesidad de estar cuidándote las espaldas a cada momento, o a la hora de andar en el tráfico, éste fluía como debía de ser, muy pocas veces Alice llegó a ver algún choque o accidente, a pesar de la cantidad de carros y motocicletas que se movían a todas horas.

Alice disfrutaba pasar horas sentada en la cafetería cercano a casa donde se acomodaba tranquilamente, café por un lado, *bagel* con queso crema y mermelada por otro, su computadora al centro. Todo listo para trabajar en sus diseños. El tiempo pasaba volando y la realidad es que no se sentía como una extraña, pues aun cuando tenía poco tiempo de haber llegado, se sentía como en casa, tranquila y feliz. Le gustaban sus nuevas rutinas, el trabajo donde convivía con niños desde primaria hasta adolescentes de preparatoria. También, había hecho nuevas amistades con el círculo de amigos de Chris y del colegio, personas de diferentes países, cada una con su historia. Algo que le llamaba la atención a Alice es que todas las historias coincidían en un

punto, y era justo ése, la razón no solamente de haber llegado a Taiwán, sino de decidir quedarse. Algunos habían llegado por casualidad, otros por necesidad o curiosidad, tal vez aventura. Sin embargo, todos ellos habían decidido quedarse ahí por la buena oportunidad de vida que ahí tenían, algo que no era así en su país natal. Poco a poco, ella misma corroboró que sin duda tenían razón, era fácil enamorarse de Taiwán y la vida ahí.

Era también, un punto desde el cual era muy fácil viajar y conocer otros lugares. La mayoría de los amigos habían ya viajado a más de una isla o lugares de interés alrededor, como Hong Kong, Tailandia, Bali, Filipinas y otros más; lugares que antes sonaban tan lejanos y hasta exóticos para ella, ahora parecían cercanos y sobre todo: posibles. Le gustó la idea de imaginar que un día, al igual que sus amigos, ella también conocería esos lugares. Chris se emocionaba también con ella y la alentaba a soñar en grande.

—Iremos a donde quieras Alice, uno a uno iremos conociendo los lugares que desees. Verás que desde aquí no es tan difícil ni tan caro —le dijo.

—¡Wow! Definitivamente quiero ir a alguna playa, quiero ver el agua azul y sentir la arena blanca y suave; eso, sin duda, sería mi primera elección —exclamó Alice bastante segura.

—Me parece una excelente idea —dijo Chris mostrando emoción. —De hecho, creo que te gustará la sorpresa que tengo para ti...

Sus ojos se abrieron más de lo acostumbrado y comenzó a hacer gestos de alegría, además de comenzar a moverse como si estuviera celebrando algo.

—¡Cuéntame! ¡Quiero saber cuál es la sorpresa! —exigía Alice.

—Pues bien, acabo de hacer reservación para pasar unas vacaciones en Bali —apenas terminó de decirlo, puso su cara de orgullo, sabiendo que la noticia le encantaría a Alice.

Apenas unos días atrás Chris le había compartido sobre unas vacaciones que tuvo años atrás en ese lugar, lo bien que la pasó y lo mucho que le gustó. Alice se fascinó con la historia, diciendo que le encantaría haber estado ahí. Alguien se había encargado de cumplir su deseo.

Ella lo miraba mientras reía y apenas podía hablar, sus manos primero fueron a su cabeza, luego a sus cachetes para por fin poder hablar.

—No puedo creerlo, de verdad lo hiciste. Te acordaste. Pero... no tenías que hacerlo —le dijo a Chris, quien tomando su rostro entre sus manos, plantó un beso en su frente, mirándola con mucho cariño.

—Tienes razón, no tenía que hacerlo... ¡Quise hacerlo, por ti! Te mereces esto y mucho más. Y será mejor que te acostumbres, porque pienso llevarte a

conocer el mundo entero, esto es solo el principio.

Aquellas palabras fueron tan dulces, que Alice sintió como si su corazón se derritiera de amor; apenas podía creer que esas palabras fueran para ella, que todo aquello no fuera tan sólo un sueño. Abrazó llena de emoción a Chris apretando la cabeza contra su pecho.

—¡Gracias, gracias por tanto! Y no hablo solamente del viaje, hablo de todo esto, de ti, de tanto cariño que me has dado, de tanta alegría; gracias, de verdad...

Él la abrazó aún más fuerte y sonreía mientras escuchaba sus palabras.



Un día, regresando de comer, Chris encontró un nuevo mensaje en su teléfono de casa; era Elisa, quería que Alice se comunicara pronto.

Es extraño. Me pregunto qué es lo que tiene que decirme; tal vez son buenas noticias y vendrán a visitar, aunque me parece muy pronto —dijo Alice — la llamaré.

Minutos más tarde, todo estaba aclarado; así como un nuevo rumbo para la vida de Alice, algo que también afectaría a Chris, pero éste aún no lo sabía.

—Cuéntame... ¿qué dijo Elisa? ¿Está todo bien? —preguntó Chris.

—Sí, sí, todo bien. ¡De hecho, más que bien! —la voz de Alice tenía mucha emoción; Chris supuso que vendría alguna buena noticia. —¡Elisa y Paul se han comprometido, pronto se casarán!

El asombro y felicidad en la voz de Alice era claro, seguro hasta los vecinos se enteraron de esto último, o bueno, al menos se enteraron que algo bueno pasaba, el idioma no les permitía entender todo lo que se decía. Segundos después, los dos estaban brincando y bailando de la emoción, festejando las buenas nuevas.

—¿Y cuándo es la boda? —preguntó Chris en medio de todo la celebración por la noticia pero sin dar tiempo a que Alice respondiera. — Seguramente será una gran fiesta, la pasaremos genial. Además, será nuestra primera aparición como pareja con tu familia y amigos allá en México. ¡Será genial! Estaré orgulloso de ir contigo; tú y Elisa serán las más hermosas de la fiesta —terminó de decir.

Alice lo miraba maravillada. Habían ya compartido tanto, dos veranos juntos, una amistad en extremos opuestos del mundo y ahora una vida en

Taiwán, ya como su novia, viendo su vida tan de cerca, siendo testigo de cómo sus alumnos lo adoraban y disfrutaban estar en sus clases, también como amigo de personalidades tan diversas, en fin... este hombre seguía sorprendiéndola; tenía un corazón con lugar para todos, además de ocurrencias para cada ocasión. A su lado era imposible aburrirse, y no porque todo fuera risa y perfección, sino porque aún los silencios a su lado tenían un sabor especial: uno a hogar y a paz.

—Chris, hay otra cosa... —dijo ella, obviamente ya con menos emoción.

—¿Otra cosa? ¿A qué te refieres?

—Regresaré a México a ayudar a Elisa con la boda —exclamó Alice con cierta melancolía.

Para este momento, la mirada de Chris era otra; en apenas unos segundos la energía que había en el lugar cambió por completo, y para él, la chispa que antes tenía de alegría y felicidad, esas ganas de festejar se habían esfumado. En su lugar, estaba una mirada insegura, tambaleante, como perdida.

—Creo que no te estoy entendiendo. Claro que regresarás para la boda de tu mejor amiga, los dos lo haremos y la pasaremos genial.

Alice tomó las manos de Chris entre las suyas y lo miró fijamente, esos ojos azules tan alegres rodeados de pecas, donde tantas veces ya se había perdido y encontrado universos hermosos.

—Chris, no iré solamente para la boda. Quiero estar con Elisa en todo este tiempo tan especial para ella. Quiero acompañarla y ayudarla en la planeación —explicó Alice.

—¿Sabes ya cuándo es que quieres volver? —

—Tiene que ser pronto. Después de las vacaciones en Bali —respondió ella, sabiendo que todas estas noticias no eran las más felices para su novio, quien seguía con la mirada triste y aunque trataba de ser comprensivo como solía serlo, era evidente que en esta ocasión, realmente le costaba trabajo. Miró tiernamente a Alice, tomó su cara entre sus manos, le dio un suave beso en los labios y se alejó unos cuantos pasos.

—Pues bien, entonces haremos de esas vacaciones las mejores de nuestras vidas —dijo tratando de mostrarse emocionado, levantando una mano y doblando una pierna, tal cual fuera estrella de rock.

Alice lo miró y sonrió, sabía que estaba sufriendo, pero decidió disfrutar cada momento a su lado.

Los pájaros se oían cantando como normalmente lo hacían, era un día soleado y parecía perfecto. Sin embargo, aunque el ambiente sonaba a tranquilidad y armonía, Alice estaba triste, tenía sentimientos encontrados.

Estaba empacando los últimos detalles para su regreso a México. En unos minutos el taxi llegaría a recogerla. Chris estaba trabajando en la escuela y regresaría justo a tiempo para acompañarla al aeropuerto.

Pasta de dientes, cepillo... al tomar estas cosas de su baño, Alice sabía que esto iba en serio, apenas unos días antes había empacado también para unas inolvidables vacaciones en Bali, pero no se sentía igual. La emoción y sentimiento de aventura se habían ido y en su lugar queda nostalgia mezclada con tristeza.

Por una parte, le emocionaba estar cerca de Elisa para la planeación de su boda e ir de tienda en tienda en busca del vestido de novia perfecto, organizar la despedida, tantas cosas. Pero también estaba Chris, el maravilloso tiempo que habían compartido y lo genial que era tenerlo cerca, la relación tan estrecha que habían compartido y que era hermosa, además de la vida en Taiwán era simplemente algo sin igual.

Mientras terminaba de guardar las últimas cosas, Alice comenzaba a extrañar a Chris sabiendo que cada día le parecería eterno hasta verlo nuevamente en la boda, cinco meses después.

Tan perdida en sus pensamientos estaba que no se dio cuenta cuando Chris llegó, tan sólo escuchó su voz diciendo:

—¿Dónde está mi hermosa mariposa? —mientras la tomaba suavemente entre sus brazos. Alice sin pronunciar palabra se refugió en ese pecho que la había abrazado y sostenido en tantos momentos. Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas, mientras Chris las limpiaba suavemente. —No llores, nos veremos pronto.

—Me pesa dejarte Chris, has sido tan bueno conmigo y lo que hemos compartido ha sido tan especial —dijo ella aún en sus brazos.

—Sí, lo es. Y tú eres especial para mi Alice, lo sabes, desde que nos conocimos. Ahora vas acompañar a Elisa en la preparación de su gran día. Primero serán ella y Paul, luego nosotros ¿recuerdas? ¿Recuerdas lo que hablamos? Nos veremos en la boda, después en verano regresaré por ti y nos casaremos, para volver juntos a Taiwán, ahora como mi esposa —mientras él hablaba, la sonrisa volvía a tener lugar en el rostro de Alice—. Es sólo cuestión de tiempo. Pasará rápido, ya lo verás. Además apenas y te darás cuenta, pues estarás tan ocupada con Elisa planeando y arreglando todo —dijo

él muy seguro de sus palabras.

—Ah, Chris, me consuela tanto saber que pronto estaremos juntos y que después de esta separación no tendremos otra, pues ya estaremos siempre juntos, una nueva vida, de nuevo en Taiwán, pero ahora aún mejor —terminó de decir al tiempo que le guiñaba un ojo y Chris soltó una gran sonrisa y respondía el guiño también. Chris la abrazó más fuerte, los dos suspiraron y compartieron en un beso todos los sueños que tenían.

—Tan solo cinco meses mi mariposa, para después convertirte en la “Sra. de Chris” —dijo riendo. Esto último también hizo reír a Alice y el ambiente en el lugar se volvió a llenar de alegría.



—¡Aaah! —suspiró Alice mientras se dejaba caer en su cama, al tiempo que dejaba caer los zapatos en el piso y extendía sus brazos para estirarse. El vestido de fiesta aún puesto, todavía restos del maquillaje para el día especial y del peinado apenas y quedaba un poco, recordaba los bailes y diversión en la boda de Elisa, ella tan hermosa y radiante como toda novia, su cabello recogido en un hermoso chongo hacia atrás, adornado con un broche de flores en color perla y champagne, maquillaje natural y elegante, sobresaltando sus ojos oscuros y tonos rosados suaves en sus labios y mejillas, haciéndola lucir especial pero aún tan ella, con el mejor accesorio que era su sonrisa que llevó a cada momento.

Recordaba las flores blancas que adornaban el pasillo de la iglesia, la emoción que sintió al escuchar a los novios decirse sus votos mirándose uno al otro, como si nada más existiera y aún alguna sonrisa cómplice de Elisa al mirar a su ahora esposo Paul. Y la gran sorpresa que se llevaron todos, sobre todo la novia, cuando comenzaron a escuchar música de una gaita, un regalo especial que preparó el novio para ella, sabiendo cuánto soñaba ella con escuchar música de gaitas consiguió desde lejos a uno de los mejores músicos para que tocara en su día especial, Elisa lloraba de emoción y alegría, obviamente su amiga se emocionó con ella, sabiendo lo que significaba para ella. En definitiva, todo había sido maravilloso.

Tan sumergida estaba Alice en sus recuerdos y emoción por la reciente unión de su amiga, que por minutos olvidó su tristeza, ese pesar que cargaba desde semanas atrás en su corazón. No había escuchado nada de Chris, eran ya muchos días desde que sin más dejó de buscarla. Las llamadas largas desaparecieron, así como los mensajes al teléfono en el transcurso del día o

los extensos emails donde le relataba sus días y sobre todo, le recordaba lo mucho que la extrañaba y cuánto deseaba volver a verla. Ella, ocupada en la planeación de la boda, en despedidas, búsquedas y pruebas de vestidos no lo notó desde el día de uno, es decir no atinaba a señalar un día como la fecha en que todo cambió. Pareciera simplemente que se fue disolviendo poco a poco. Obviamente Alice esperaba escuchar de él sobre todo para verlo en la boda de Elisa y Paul, pero le quedó claro, días antes que eso no pasaría... aun cuando dentro de sí mantenía un poco de esperanza.

Apenas unos días atrás Elisa le preguntaba:

—Alice, ¿has sabido algo de Chris?

—No Elisa, ya no responde a mis correos, que cada vez son menos porque... ¿cómo seguir escribiendo si no tengo ninguna respuesta? —contestaba Alice mostrando la pena en sus ojos, tratando de controlar la duda y confusión tan grande que llevaba dentro. No entendía lo que estaba pasando.

—Es que esto no me suena nada al Chris que conozco Alice, y mucho menos que tú pasaste mucho más tiempo con él, es decir... es nuestro amigo y creía que éramos cercanos. Estaba muy emocionado con la boda, por estar aquí, apenas lo puedo creer amiga— le decía Elisa mientras trataba de confortarla, estando en las últimas pruebas de vestido en el probador, nadie más podía escucharlas. Elisa había tratado de no decir mucho al respecto, pues sabía lo difícil que era para ella. Además a ella también le parecía difícil vivir momentos tan felices mientras su mejor amiga pasaba por un trago amargo como ese.

—No te apures, quiero enfocarme en esto, este momento presente, tu gran momento. Sabes que estoy feliz contigo amiga, y claro, por Paul también, ¡ha escogido a la mujer más bella, inteligente y preciosa de todo el mundo! —Decía Alice mientras acomodaba algunos detalles del vestido—. Este es tu momento, y quiero que lo disfrutes, que lo disfrutemos juntas. Esto es lo que tenemos hoy, esto es lo que sí podemos ver, lo demás es tan incierto que prefiero no pensar en ello. Hoy, justo aquí contigo, viéndote tan hermosa soy feliz. Feliz de compartir este momento a tu lado. Has sido mi mejor amiga y compañera, no cambiaría esto por nada —concluyó Alice, mientras abrazaba fuertemente a su amiga.

Tumbada en la cama, Alice tenía una mezcla de emociones, sentía escuchar todavía la música de la fiesta, el brindis de los novios y las palabras que Elisa le dirigió.

—Gracias por haber cruzado medio mundo para estar aquí conmigo, no solamente hoy, sino desde tiempo atrás. Tenerte aquí es mi mejor regalo.

Las dos bailaron hasta que la música dejó de tocar, se rieron y disfrutaron de principio a fin.

Su corazón, aun llevando esa gran tristeza tenía una gran seguridad y era que así como había logrado disfrutar y ser feliz a pesar de su dolor, podría seguir adelante en el futuro venidero. Con Chris o sin él, estaba decidida a ser feliz.

Y así, con una sonrisa acariciada por algunas lágrimas, se quedó dormida.

PARÉNTESIS

Por fin lo había decidido: era ahora o nunca. O bueno, ahora o en un futuro muy lejano. Así que lo hizo. Dijo que sí. Alice abriría su primera boutique con artículos de diseño.

Como muchas otras cosas en su vida, esto llegó sin buscarlo. Un día le ofrecieron en renta un local comercial a un precio bastante accesible...y así comenzó todo. Alice se aventuró a hacerlo.

Con la ayuda de sus padres, de su familia y amigos organizó lo necesario. Semanas después el lugar estaba abierto al público.

Habían pasado años desde que Alice había comenzado su proyecto de diseño, lo que de niña hacía como hobby , decorando cartas, haciendo dibujos en cuadernos y libretas, envolviendo regalos con mucho cuidado y dedicación; después se convirtió en un proyecto de vida.

Al estar sentada frente a la computadora comenzó a diseñar con diferentes programas, combinando trazos y colores, que terminó plasmando en un calendario, 12 diferentes historias, una para cada mes. A esto le siguieron tarjetas de San Valentín, Cumpleaños y muchos temas más. Después continuó con diferentes productos donde podía mostrar sus diseños.

Al abrir la boutique, su idea era mostrar no solamente sus creaciones, sino también la de otros talentos, y justo así lo hizo. Ahí logró conjuntar artículos de diferentes artistas, cosas como portafolios, bolsos, porta vasos, cuadros, tazas, pulseras, carteras, collares, aretes, cojines, bufandas locas y divertidas, o el sillón de colores que daba el toque perfecto a la decoración.

Alice disfrutaba los momentos que pasaba en la boutique, el día entero ahí era un deleite. Conocer y recibir gente nueva, muchos de los visitantes eran estudiantes de una Universidad cercana, otros turistas que caminaban en los alrededores y se detenían para ver con cuidado cada cosa que les llamaba la atención desde la calle. Si llegabas por la mañana podías encontrarte con el olor del café recién hecho.

Los días también los aprovechaba diseñando, sentada frente a su colorido escritorio, que diseñó justo ella y ese lugar, escuchando música de fondo, su taza de café a un lado.

Una tarde, el ambiente cálido y de confianza se vio invadido de improviso. Un hombre extraño se bajó de una moto, caminó directo a la puerta de cristal mirando fijamente a Alice, quien de inmediato tuvo un sudor frío inexplicable,

éste se acercó y mostró debajo de su camisa lo que parecía ser una pistola, apuntando directo a ella.

—¡Al baño! —le ordenó sin necesidad de decir más, haciendo señal de silencio con sus manos.

Alice se encerró en el baño poniendo la cerradura detrás de ella, y solo atinó a pensar que no tenía su teléfono con ella, normalmente lo dejaba en el escritorio a un lado de su computadora. No había manera de llegar a él.

Apenas unos minutos que se sintieron muy largos, Alice se acercó a la puerta para tratar de escuchar algo, algo que pudiera decirle lo que estaba sucediendo al otro lado de la puerta, cuando estuvo segura de que ya no se escuchaba nada, abrió la puerta con cuidado, miró a su alrededor, también checó la pequeña bodega. Solo... Se había ido.

Lo primero que notó es que su computadora no estaba, al igual que su celular... su corazón latía rápidamente, corrió hacia la puerta principal, cerró con llave y fue hasta el teléfono fijo; “¿a quién llamo ahora?” se preguntaba, de inmediato recordó el número de emergencias, reportó lo sucedido. Después marcó a Elisa, debía decirle lo que había pasado.

—¿Elisa? —dijo con voz temblorosa.

—Alice, ¿estás bien? ¿Qué pasa? —supo de inmediato que algo andaba mal.

—Me acaban de robar...

—¿Estás bien?

—Sí... —las lágrimas ya habían salido.

—Voy para allá

No era la primera vez que Elisa dejaba lo que estaba haciendo para ir por Alice. Las dos se cuidaban mutuamente, y en ocasiones como ésa, no hacía falta más explicación. A los pocos minutos, ya estaba ahí con Paul.



Y así fue el final de la boutique de diseño.

Alice se dio cuenta que no podría sentirse segura de nuevo en ese lugar después de lo sucedido.

Días después estaba subiendo al avión que la llevaría a Estados Unidos, donde pasaría una temporada con su prima Vera.

Lo que no sabía, es que ese viaje marcaba el inicio de una historia

inimaginable.

TIENES UN EMAIL

Esa era la primera vez para Alice de vivir en el país vecino.

Fue un excelente cambio para ella en esos momentos el poder llegar con Vera y cambiar de ambientes tan pronto. Además, el departamento de su prima y su esposo Craig era muy amplio. Le habían preparado una habitación especial, adornada con un nuevo set de cobija y cortinas que combinaban, en colores felices, como le gustaba llamarlos a Alice. Tenía además un escritorio donde podría acomodar su computadora (regalo de Elisa antes de partir) donde podría seguir diseñando, además en la habitación también había un televisor, una ventana de muy buen tamaño, clóset y aire acondicionado. Vera además había colgado varios cuadros con diseños de Alice, lo cual la hizo sentir doblemente bienvenida a ese hogar.

—Este lugar es muy lindo, Vera.

—Me da gusto que te guste prima, y sobre todo que por fin hayas aceptado la invitación para venir a quedarte un tiempo con nosotros. Lamento mucho lo que pasó con tu boutique de diseño, sé lo que significaba para ti.

—A mí también me da gusto estar aquí.

—Tal vez pudieras hacer una nueva vida aquí Alice. A Craig y a mí nos encantaría que conocieras un chico, se enamoraran y te quedaras aquí, así tendríamos, al menos yo, familia cerca. Me hacen mucha falta. Además ¡hay tantas cosas lindas por aquí!

—Te agradezco tanto, a ti y a tu esposo, la hospitalidad de tenerme aquí. Hace unas semanas no habría imaginado estar aquí, sin duda las sorpresas de la vida. Ya veremos lo que sucede. No quiero precipitarme a tomar alguna decisión. Iré tomando un día a la vez.

Los días pasaron y Alice disfrutaba la tranquilidad de los días. No tenía urgencia o prisa por ir a algún lugar o despertarse a cierta hora. Sus horas las aprovechaba en hacer algo de limpieza en el apartamento, lo cual repartía en varios días a la semana. Le gustaba también salir a disfrutar de la alberca a donde iba casi todos los días. Disfrutaba tanto sentir el sol en su piel mientras se encontraba nadando, ver su sombra reflejada en el fondo de la alberca la hacía sentir como si verdaderamente estuviera volando. Terminaba exhausta, ya que le gustaba ir primero al gimnasio, hacer algo de ejercicio ahí, para después terminar en el agua, y cerrar con broche de oro la rutina con la lectura de algún libro junto a la alberca, mientras el sol día a día daba nuevos tonos a

su piel. Ahí, después de unos cuantos minutos, casi se olvidaba de dónde estaba.

Árboles altos a su alrededor, ubicados de manera tal que podías disfrutar el calor del sol o la sombra de los mismos, pájaros cantando y volando por ahí, cielo limpio y azul sobre ella, un sol que ella sentía amoroso y tierno, como si le acariciara la piel. Esos momentos eran para Alice serenidad pura y la hora favorita del día ella.

Una noche, mientras cenaban, con la música de Norah Jones como fondo, Vera comenzó la siguiente conversación.

—Prima, sabes que Craig y yo nos conocimos en un sitio de citas por internet

—Sí, lo sé.

—Y sabes también que estamos muy felices, ya por algunos años.

—Vera... ¿estás tratando de decirme algo?

—¡Claro que sí! Tú sabes perfectamente lo que estoy tratando de decirte.

Craig decidió unirse a la conversación.

—Creo que Vera tiene razón Alice, podrías intentarlo. Es decir, ¿por qué no? A mí me fue muy bien con tu prima, de hecho creo que soy el hombre más afortunado pues conseguí a la mujer más hermosa y la tengo a mi lado —dijo mientras abrazaba cariñosamente a Vera.

—De verdad son una pareja ejemplar, me gusta tanto verlos.

—Y tú también puedes serlo prima. Si nos funcionó a Craig y a mí, tú también puedes encontrar a alguien especial. Estoy segura ya te está buscando —dijo Vera con una gran sonrisa, sintiéndose muy segura de sus palabras.

—Está bien, está bien... Creo que puedo darle una oportunidad.

—¡Eso! ¡Muy bien! Brindemos por eso —dijo Craig muy animado mientras levantaba su vaso invitándolas a brindar.



—¡No vas a creer que lo que acaba de pasarme! —dijo Alice justo cuando Vera regresaba a casa después de un día de trabajo.

—¿Qué traes entre manos, Alice? Te veo muy emocionada. Dime, ¿es que acaso encontraste trabajo aquí y entonces te quedarás con nosotros? O, ¡ya sé! Conociste a un chico de aquí, ¿cierto? ¡Quiero que me lo cuentes todo! —Vera apenas podía contener la emoción, aunque no sabía exactamente de qué estaba

hablando Alice.

—Jaja, tranquila, tranquila, sí te contaré todo. Empezando por el hecho de que lo que quiero contarte es acerca de Jack.

—¿Va venir a verte?

—Algo así...

—¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Cuéntame!

—Veraaaa, tranquila... Precisamente quiero platicarte lo que hablamos.

—Ok, ok —respondió Vera mientras comenzaba a respirar lentamente, tratando de tranquilizarse.

—Pues bien, platicamos un poco por *Skype* y quiere formalizar las cosas, dice que su interés por mí es real, así que le daremos un poco más de tiempo a esto, a conocernos más. Quiere venir a verme aquí o en México, dependiendo dónde me encuentre, sabe que mi situación ahora mismo no es muy estable y...

—¡Esto es fabuloso! —dijo Vera mientras tomaba las manos de Alice— ¡Tienes que quedarte! Es decir, yo quiero conocerlo, Craig estará feliz de conocerlo, podremos salir los cuatro, ir a escalar juntos..

—Ay Vera, todavía no llegamos a ese punto. Iremos un paso a la vez. Ya veremos como sucede todo. Por lo pronto me agrada la seriedad y formalidad que Jack le está dando a todo esto. Me parece muy interesante y responsable, es la impresión que tengo de él hasta ahora, me parece honesto, creo que puedo confiar en él.

Alice disfruta estar en Estados Unidos y la convivencia con su prima, aunque siendo niñas pasaron mucho tiempo juntas, era como si ahora la viera con nuevos ojos. Pareciera que ahora Vera siempre estaba de buen humor, sin importar las largas jornadas de trabajo, siempre llegaba a casa feliz de ver a su esposo Craig y compartir el resto del día. Verla así, tan dichosa ahora en su vida de casada fue también una invitación a que tal vez ella en un futuro podría tener una relación tan dichosa como la de ellos dos.

PARTE III

NUEVAS HISTORIAS

CIERRA TUS OJOS

Cierra tus ojos,
encuétrame en tus sueños,
veme ahí.

Justo donde nos conocimos.
Abre tus ojos,
mírame aquí,
nunca me fui.

Cuando busques por respuestas,
calla el ruido de fuera,
pon tu atención dentro,
la respuesta está ahí,
tu corazón conoce el camino.

Escucha.

Confía.

Atrévete.

Y ama,
siempre ama.

NUEVAS HISTORIAS

Buenos Aires era una ciudad hermosa, podías sentirte como si estuvieras en Europa cuando caminabas por las calles. El centro era una delicia para recorrer en otoño, cuando el clima se prestaba para disfrutar aún más las largas caminatas y estadías en un café.

Era una nueva vida, Alice se movía a donde necesitaba en su bicicleta que había sido su regalo de cumpleaños apenas unos meses después de haber llegado ahí, sabía también ya como transportarse a donde quisiera en el camión y el autobús, que contrario a lo que conocía de México, en esta parte del mundo parecían más seguros y respetuosos, por lo cual se sentía más confiada al usarlos.

Su vida había dado un giro de 180° desde que se casó con Jack. Su romance y decisión de casarse sucedió rápidamente, todo apenas en el transcurso de un año.

Lo de ser ama de casa le sentaba bien, disfrutaba hacer las compras en los pequeños lugares cerca de donde vivía, era también una distracción caminar hasta ahí y llegar a hacer nuevas amistades y aunque se hablaba el mismo idioma, le era gracioso conocer nuevas maneras de llamar algunas frutas y verduras, como al aguacate se le llamaba palta; a la piña, ananá; a la fresa, fresilla. Le llevó algunos días acostumbrarse, pero sin duda lo disfrutaba todo.

El lugar donde vivía le tenía muy contenta, ya que Jack, sabiendo el gusto de Alice por nadar, rentó un departamento donde había alberca, o pileta, como le decían por allá. Alice la disfrutaba mucho, tal como lo hizo el tiempo que pasó con Vera. Y al igual que como con su prima, el lugar también contaba con gimnasio, así que para ella acomodarse fue muy fácil, solía hacer la misma rutina que con su prima: tiempo en el gimnasio, nadar en la alberca, disfrutar de un buen libro junto al agua.

Algo extra en esta ocasión es que Jack le había dado una rutina de ejercicios especial para ella, ya que era entrenador físico y fisioterapeuta, así que creó una rutina justo para ella.

Un deseo de él, además, era que Alice pudiera perder algo de peso y tonificar su cuerpo, siendo él un ex jugador profesional de rugby y por su trabajo, tenía un gran interés en que su esposa pudiera también llevar una vida de ejercicio y salud así como él. Por lo que una dieta rigurosa fue desde el inicio de su matrimonio algo de todos los días, sin excepción alguna.

Desde el comienzo de su vida en Buenos Aires y su vida con Jack, las cosas comenzaron a parecer algo difíciles para Alice, “Tal vez es parte de ser recién casado y a todas las parejas les sucede igual”, pensaba y se repetía una y otra vez, guardando eventos y palabras en su interior, sin comentarlos con nadie más. Sabía que estando tan lejos de su familia, comentarles tal tipo de cosas solamente les preocuparía o pondría en mal a su esposo.

—Alice, no quiero que comas palomitas, éstas no te aportan nada —fue lo que le dijo un día que iban de compras al súper.

—Pero a mí, me gustan mucho; además no es que las coma todos los días y a todas horas, de vez en cuando al ver películas, me gusta hacer palomitas, así solíamos hacerlo en casa, de hecho mi papá nos... —aún no terminaba la frase cuando su esposo la interrumpió.

—Ahora tienes otra casa y nuevas formas, más saludables. No porque algo lo hayas hecho toda tu vida significa que lo seguirás haciendo igual.

Sus palabras eran frías y cortantes, no había espacio para comentar, mucho menos para rebatir. Además, Alice no quería hacer una gran discusión, “pelear

por unas palomitas no vale la pena”, pensó, y no dijo más al respecto.

Y así como las palomitas, se fueron sumando otras cosas a la lista a las cuales comenzó a decir que no, en afán de emular y agradar a su esposo, evitarse problemas, pues eran estas las nuevas reglas de la familia, Como el “cero azúcar”, no harinas y demás. Estas reglas iban no solamente a los alimentos, sino a otras áreas también, como los horarios exactos para comer, cuántas lavadoras se podían poner a la semana, la hora de levantarse y acostarse cada día y otros más.

Como aquel sábado por la mañana cuando Alice prendió la televisión; él, que estaba cercano al lugar, le dijo:

—Mi amor, ¿qué estás haciendo? —preguntó Jack bastante sorprendido

—Prendo la televisión —fue la respuesta de Alice, mientras señalaba al aparato, como tratando de mostrarle lo obvio que era lo que estaba haciendo.

—Pero si apenas va ser medio día.

—Lo sé y tengo ganas de ver algo, tal vez encuentre algún buen programa o película —dijo ella en tono desenfadado y muy confiado, lo cual recalca el hecho de que verdaderamente todavía no se daba cuenta de la gravedad del asunto, pero no pasó mucho antes de que su esposo se lo dejara en claro.

—Alice, estas no son horas de ver la televisión, si quieres entretenerte en algo, tal vez puedas leer un libro. Aquí solamente vemos la televisión por las noches —concluyó, mientras él continuaba con sus estudios en la mesa del comedor.

Ella escuchaba, mientras lo miraba fijamente sin dar crédito a lo que estaba sucediendo y lo que él acababa de decir. Es decir, entendía a la perfección sus palabras pero no podía creer que se lo estuvieran diciendo a ella, se sentía como niña de ocho años a quienes sus padres ponen un horario para ver la televisión.

—Pero cuando miras los partidos de rugby no siempre es de noche —rebatía Alice, no queriendo quedarse sin decir nada al respecto, sentía un fuego por dentro que la quemaba, diciéndole que no podía dejar las cosas solamente así.

Jack, evidentemente molesto, apartó sus ojos del libro donde estudiaba para mirarla fría y duramente.

—Eso es otra cosa completamente diferente y lo sabes bien —dijo Jack.

—¿Por qué es diferente? También lo ves en la televisión, a veces los juegos son por la mañana, o temprano por la tarde.

Alice sentía cómo la sangre que corría por sus venas iba más aprisa, la

adrenalina en su cara y sus manos, su corazón latiendo más aprisa que lo normal, el control de la televisión aún en su mano.

—Eso es deporte, algo que me gusta ver, además tú ahora ni siquiera sabes qué es lo que quieres ver, simplemente quieres pasar el rato —fue la respuesta de Jack, en un tono de voz ya bastante elevado.

Alice no quería quedarse callada, la situación le parecía tan ilógica, tan irreal, que una parte dentro de ella quería reír de lo absolutamente absurdo que le parecía todo ello. No, no estaba de acuerdo en absoluto, sin embargo; una vez más, eligió no hacer más grande el problema. Recordó las palabras que le habían dicho antes de casarse “Siempre que esté en ti mantener la paz en tu hogar, hazlo.” Así que fue lo que hizo. Aún molesta, apagó la televisión, dejó el control remoto en su lugar y se fue en silencio a su habitación.

“¿Dónde estaban las famosas mieles del matrimonio?” se preguntaba Alice, “¿será igual para todos?”, eran algunas de las preguntas en su mente, como cuando iba a algún restaurante y teniendo el menú en sus manos, miraba alrededor buscando por otras parejas en el lugar, la mayoría se veían felices, “¿podrán ellas elegir libremente cuál platillo comer?” se cuestionaba. Su imaginación la llevaba en segundos a su vida de antes, cuando podía escoger a su entero gusto lo que quería comer, lo que quería tomar, así como elegir su café con leche o sin leche, tal vez un especial de temporada o hasta si se le antojaba acompañarlo con una rebanada de pastel, esos tiempos habían quedado atrás. Tanto había cambiado en tan poco tiempo.

Ahora su mundo tenía muchas miradas frías o esquivas, horarios grabados en piedra para la mayoría de las actividades.

“¿Dónde quedó la aventura?” era la pregunta que rondaba muchas veces en la mente de Alice antes de acostarse, sobre todo en los fines de semana, sabiendo que el día que venía la despertaría una alarma de reloj para marcarle el ritmo del día una vez más.

No obstante, Alice se acostumbró rápidamente a su nueva vida y no era de sorprender que algún día, terminara pronto sus labores del hogar para aventurarse y tomar el tren que la llevaría hasta el centro de Buenos Aires, donde se perdía caminando por algunas horas, llevando su cámara consigo, colgada en una bolsa a la cintura. Hacía una pequeña pausa para comprar un café o comer un helado de fresa o chocolate. El helado, había descubierto, en Argentina era especialmente rico, se debía tal vez a los muchos descendientes de Italia que había en la región. Sin embargo, era un gusto que aprendió a disfrutar en soledad y sobre todo, a mantener en secreto, si Jack llegaba a

enterarse de ello, no le habría gustado en lo absoluto.

Otra cosa que descubrió en este país fue su gusto por el asado, como lo llaman los argentinos, o lo que en México es conocido por carne asada, y después en Sudáfrica llamaría *braai*. Alice adquirió un gusto especial por la carne que no sabía que tenía, y si iba acompañado de una copa de vino tinto, aún mejor. Y sin lugar a dudas, se encontraba en uno de los mejores lugares del mundo para disfrutar de ambos. Estas cosas, tan simples quizá, se convertirían después en pequeñas grandes delicias que la acompañaría en su camino.

Zona Norte, donde vivían era un área residencial, tranquila y arbolada. Además en este lugar Alice notaba más el cambio de las estaciones, podía ver en los árboles cuando llegaba el otoño y estos comenzaban a perder las hojas, las calles llenas de ellas, hasta que se quedaban casi pelones, para luego dar la llegada al invierno, el cual era mucho más crudo de lo que ella recordaba en casa; después en esos mismos árboles notaba la llegada de la primavera, con las hojas y flores renaciendo una vez más.

AÑO SABÁTICO

Flores amarillas y naranjas, frescas y de un olor hermoso estaban en el florero sobre la mesa, un letrero hecho a mano, obviamente con mucho cuidado, que decía “*Bienvenidos*” en la puerta de cristal de la entrada.

Su nuevo hogar: Sudáfrica...

Después de un largo viaje, más que por las horas, por los días previos de empacar, dejando tantas cosas en el apartamento de Buenos Aires, tratar de reducir la vida a unas cuantas maletas, vender lo más posible de muebles, artículos de cocina y demás, tratar de dejar el lugar lo más limpio posible y haber hecho la mayor parte sola. Alice estaba agotada físicamente, sin embargo una parte de ella estaba realmente emocionada por la nueva aventura que tenía delante: vivir en Sudáfrica, reto de un nuevo idioma (¿aprendería afrikáans algún día?) nuevo hogar, nuevos amigos y también nueva familia, estarían por fin cercanos a familia, después de todo el tiempo en Buenos Aires, se sentía bien la idea de tener por fin caras conocidas y amigables para compartir.

—Fue muy lindo detalle de tus padres arreglar este lugar tan lindo para nosotros Jack.

—Sí, lo sé. Así son ellos, en especial mi mamá. Le gustan los detalles, además está emocionada de tenernos cerca y poder conocerte más, apenas ha pasado contigo unos días cuando venimos de vacaciones, ahora tendrán tiempo de conocerse y hacer cosas de chicas. Creo se llevarán muy bien. — dijo Jack y continuó diciendo —Te gustará vivir en Sudáfrica, es muy diferente a Argentina. Creo que acá somos más abiertos con los extranjeros, de hecho creo que somos más latinos que ellos —esto lo dijo mientras se reía— Así que te irás acoplando. También harás más amigos, sé que te pesó mucho dejar tus nuevas amigas en Buenos Aires. Yo dedicaré la mayor parte del tiempo a mis estudios, este año sabático quiero aprender varias cosas, concluir otras, prepararme.

—Suenan muy interesantes lo del año sabático. Lo he escuchado tantas veces, pero nunca había estado cerca de alguien que realmente lo haga. Creía que solamente las personas muy ricas podían hacerlo. Pero tú eres muy disciplinado y organizado, así que estoy segura lo aprovecharás muy bien.

—Desde hace mucho que he querido hacerlo, tomar un año de descanso y preparación. Y bueno, ahora que estamos aquí y que ya no estoy solo, será

mucho más fácil hacerlo. Tal vez mañana puedas comenzar a buscar algún trabajo.

—¿Trabajo?... ¿de qué hablas? —preguntó Alice obviamente sorprendida

—Bueno, sí, ahora que estamos aquí necesitaremos un ingreso —respondió Jack con cara tranquila, como si supiera algo que Alice todavía no.

—Creo que hay algo que no estoy entendiendo Jack...

—Ya te lo dije, ahora que estamos aquí necesitamos un ingreso y ya que yo estaré dedicado a mis estudios, ahora tú tendrás que ocuparte de tener uno.

Alice lo miraba con los ojos muy abiertos, como si escuchara sus palabras, pero su mente no entendía en totalidad lo que estaba diciendo; entonces tomó una bocanada de aire, como buscando tomar fuerza o serenarse un poco.

—¿Estás diciéndome que me has traído a un país donde no hablo el idioma, donde apenas conozco a alguien y quieres que me haga cargo de todos nuestros gastos? Por favor, explícame porque esto me parece muy irreal.

—Mi amor, no son todos los gastos. Recuerda que no debemos preocuparnos de la renta, mis padres no nos cobrarán por quedarnos en este departamento, sólo debemos pagar los servicios y mantenimiento del lugar, y claro, nuestros gastos.

El corazón de Alice latía aceleradamente, pero no precisamente por la emoción, literalmente sentía se le iba a salir, como si la sangre le hirviera por las venas, se sentía engañada, utilizada.

—Jack... tu año sabático y regresar a tu país, no sabía yo lo que implicaba. Todos estos meses desde que me dijiste vendríamos aquí, nunca me lo dijiste, no me leíste las letras pequeñas. No tengo idea de dónde o cómo comenzar. De repente siento un gran peso sobre mis hombros

—Tan sólo el mismo peso que yo he llevado desde que nos casamos mi amor, ahora es tu turno.

—Sabes que necesito una visa especial para ello y no me la darán hasta después de cinco años de vivir aquí. ¿Cómo esperas que lo haga? Sólo lograr mi visa de turista para venir aquí hace unos años fue mucho trabajo, lo sabes.

—No te preocupes, seguro podrás conseguir un trabajo donde puedan contratarte sin ese permiso, algo así como *under the table*, lo harás bien. —dijo Jack y dio el tema por terminado.

Lo que había comenzado como un buen día de bienvenida en un país nuevo, se había convertido en un gran pesar para Alice.

En un día se esfumaron sus planes de nueva vida en Sudáfrica, y de tal vez hasta comenzar una familia. Ahora tenía asuntos más grandes que atender, como conseguir un trabajo.



Despertarse temprano, meterse a bañar, alistarse para el día, sacar el desayuno y lonche del refrigerador que había dejado listos desde la noche anterior, todo esto a media luz y sin hacer el menor ruido posible, para no despertar a Jack. Bajar las escalares, abrir el garaje, tomar la bicicleta, abrocharse bien la mochila, ponerse el casco, comenzar a pedalear... la esperaba un camino despejado, la mayoría junto a la gran laguna, algunos carros ya yendo a diferentes lugares, personas corriendo ejercitándose de mañana, algunos de ellos ya conocidos a quienes saludaba con una sonrisa o un rápido “*Goeie more*”, la mayor parte de los días acompañaba Alice su travesía hasta el trabajo con música en su *ipod*, audífonos en sus oídos y era como transportarse a otra dimensión.

El agua a su lado izquierdo, aves volando a lo largo del trayecto, los colores del amanecer enmarcando la vista, la verde montaña al otro lado del camino, lanchas de pescadores sobre el agua, era realmente hermoso. Ese trayecto de algunos kilómetros se convirtió en un deleite diario para Alice. Así como su trabajo, donde conoció a Linda, una señora de unos 55 años y con muchos de experiencia en esa agencia de publicidad. Rápidamente se hicieron amigas, lo que hacía el tiempo en la oficina más agradable.

Linda y Alice eran las únicas en ese lugar, una casa ubicada en una privada sobre la colina, donde había unas cuantas casas más. Todo alrededor era verde, apenas un camino que iba a lo largo de la pequeña montaña, y era común que los changos babuinos pasaran a visitar, la primera vez que esto sucedió, Alice se apresuró a tomar algunas fotos con su celular y así poder enviarlas a su familia, de otra manera sabía no le creerían lo que acababa de ver.

El escritorio de Alice estaba frente a una puerta deslizante de cristal y madera, que la mayor parte del día estaba abierta, así que la vista era extraordinaria: jardín verde y algunas casas, el cielo azul y desde ahí, se

escuchaba a los pájaros revolotear.

Si acaso en tiempo de frío cerraban esa puerta corrediza, para evitar el aire fresco de afuera, pero las dos eran felices de gozar de tan hermosa vista.

Lo que en un principio parecía iba a ser un reto difícil de lograr, sucedió sin tanta dificultad. Alice tenía un trabajo que disfrutaba, sobre todo el llegar en bicicleta, llenarse del paisaje para llegar hasta ahí, aún en los días donde apenas se podía ver por la densa neblina, o los días de mucho frío, donde debía ponerse dos suéteres, chaleco y además una gran chamarra, sin embargo con el pedaleo entraba en calor. Las veces donde estaba lloviendo, también disfrutó de la aventura y regalo de la vida de poder llenar su vista de tan lindo paisaje acompañada de las gotas de agua. Ese trayecto se convirtió en un amigo para Alice, ya que era el tiempo donde aprovechaba para descargar su corazón, hablando sólo en su pensamiento a veces a viva voz.

—Gracias vida por permitirme ver estos lugares que creí solamente existían en mis sueños. Combinación de colores tan maravillosa que no deja de sorprenderme. Gracias también por este trabajo donde puedo aprender y divertirme, dedicar tiempo en algo que disfruto y además conocer y compartir con alguien, como Linda que disfruta platicarme de su vida, sus hijas y sus aventuras, soportando a nuestro jefe, que en ocasiones la trata mal, pero sin duda ella ha sabido manejarlo bien. Reímos tanto juntas, no imaginé que mi primera amiga aquí sería una señora como ella, pero sin duda la vida me sigue sorprendiendo.

O los días donde recordaba también a su familia en México, a quienes extrañaba y con quienes se mantenía en contacto, la nostalgia podía a veces entristecerla un poco, sobre todo con la llegada de nuevos sobrinos, a quienes sabía, solamente conocería por foto hasta sus próximas vacaciones.

—Qué emoción saber que otro sobrino está por llegar, cuánto quisiera estar ahí para poder abrazarlo y llenarlo de besos, ver su carita, poder olerlo, verlo crecer de cerca. Pero, desde aquí te mando mi cariño, todo mi amor para ti, aunque lejos, mi corazón está a tu lado, un día podré verte y podremos jugar, por ahora sabe que eres muy querido y esperado.

Diferentes conversaciones y temas la acompañaban en sus trayectos diarios a su trabajo.

Además de pasar gran parte del día en la agencia de publicidad, Alice había hecho buena relación con sus suegros; él, Sam, un apasionado del vino sabía bien como reconocer el tipo del mismo solamente por el olor y en con ese aroma detectar sabores, especias y sabores; y Carol, su suegra era una

experta en la cocina, sabía preparar deliciosos platillos y además era una excelente anfitriona.

Un día las dos tomaban café en una plaza, después de haber ido a hacer algunas compras, y Carol le hizo una pregunta que quedó grabada en el corazón de Alice.

—Querida Alice, tu sabes que estoy tan feliz de que Jack por fin haya regresado aquí a su país, y más ahora en este tiempo que están pasando cerca de nosotros, hacía muchos años que no lo tenía tan cerca, así que de verdad lo estoy disfrutando, los disfruto a los dos.

—Me da gusto Carol, yo estoy feliz de estar aquí. Te lo he dicho antes, pero lo repito, este lugar es tan hermoso que no entiendo cómo alguien quisiera irse de aquí. Y bueno, al igual que tú, me alegra que Jack haya decidido regresar, desde que me trajo por primera vez para casarnos, me enamoré por completo de todo lo que vi y que ahora pueda pasar tiempo con ustedes, contigo y con Sam, es aún mejor.

—Por tanto tiempo esperé que Jack encontrara una compañera, que ahora que estás con él, estoy feliz. Te quiero como a una hija Alice, espero puedas sentirte como en casa y tal vez, verme como una madre.

—Muchas gracias Carol, de verdad lo aprecio mucho.

—Alice, hay algo que quiero preguntarte, es muy importante para mí y espero puedas responderme con honestidad.

Alice la miró extrañada, notando la seriedad en el tono de Carol.

—Claro que sí, Carol, puedes preguntarme lo que desees.

—Pues bien, quiero saber si mi hijo te hace feliz, Alice... ¿Lo hace? —y repitió— ¿Jack te hace feliz?

Sin duda Alice no esperaba ese tipo de pregunta, pero sin titubear, dio un sorbo a su café mirando delicadamente a su suegra.

—Carol, yo no espero que Jack, ni nadie más me haga feliz. Ése es un trabajo y responsabilidad que me toca a mí y solamente a mí.

—Oh, lo sé. Es decir, entiendo tus palabras querida Alice —dijo Carol un tanto nerviosa o preocupada— es sólo que conozco a mi hijo y sé lo difícil que puede ser a veces, tan serio, tan duro tal vez y tú... tú no eres así Alice, no quisiera que él te lastimara o que no te permitiera ser feliz.

—Eres tan linda, Carol; de verdad, gracias por tu interés en mí, sé que es sincero —dijo Alice sonriendo— Sí, sin duda Jack no siempre es el alma de la fiesta y puede ser duro o serio como tú dices, pero ¿sabes?, con todo, puedo ver tantas cosas lindas en él, cuidados hacia mí o los demás y creo que... —

hizo una pausa para mirar detenidamente a Carol a los ojos y apretar suavemente su mano— creo que tiene mucho por sanar por situaciones que vivió con su padre —concluyó Alice.

Al escuchar esto, Carol abrió los ojos grandemente, dio un sorbo a su taza, se acomodó en la silla, tomó aire, como si tomara fuerzas o necesitara aclarar sus pensamientos antes de responder.

—Tienes razón Alice, lo he sabido y visto desde hace muchos años; Jack vivió momentos difíciles con su padre, sin embargo, quiero que sepas que él no fue un mal hombre. Lo quiso mucho, demasiado. Tristemente, ya no está con nosotros. Solía ir a todos sus partidos de rugby, no se perdía uno solo y cuando era muy pequeño, tal vez de cinco o seis años, lo llevó a clases de boxeo, quería que su hijo aprendiera a defenderse, estaba tan orgulloso de él —Carol hizo una pausa para mirar al suelo y tomar un respiro profundo— Tal vez no supo cómo mostrarle todo su cariño, era muy estricto y tenía mucha disciplina, seguramente esperaba lo mismo de Jack, así que sí, tuvo momentos duros, pero debes saber que su padre lo amaba con todo su corazón... —Estas últimas palabras sonaban un poco a súplica, como si Alice necesitara ser convencida de quién había sido el padre de Jack.

Este tipo de conversación sucedió no sólo aquella ocasión, sino tres veces. Aquí Alice todavía no lo sabía, pero esa pregunta de Carol acerca de si su hijo la hacía feliz, volvería a sonar nuevamente.

La vida en Sudáfrica le gustaba mucho a Alice, además de vivir en una pequeña ciudad, tenía la ventaja de poder ir a la mayoría de los lugares en bicicleta, un tanto parecido a su vida en Buenos Aires, sin embargo ahí por ser la ciudad tan grande sí debía hacer uso de camiones o el tren. En los días que no trabajaba, como los fines de semana, mientras Jack estudiaba o veía algún partido, ella aprovechaba y se iba a pasear a la laguna en su bicicleta. Le fascinaba ver el agua tranquila y serena, las balsas de madera y de diferentes colores de los pescadores, donde reposaban las aves. Muchas veces llevaba su cámara y tomaba fotos que después compartiría con su familia y amigos. Le gustaba salir con bastante tiempo antes del atardecer para así poder contemplar la puesta de sol.

En muchas de esas salidas, aprovechaba también para ventilar no sólo su mente de la cotidianidad de los días, sino también de la pesadez que llevaba en su corazón. Podía pasar tanto tiempo hablándose a ella misma, reflexionando, si buscando respuestas, quién sabe, tan sólo necesitaba abrirse por completo con alguien, aún si ese alguien fuera ella misma.

«Saldrás de esto Alice, sé que estás cansada y tu corazón se siente agotado. Te preguntas cuándo el panorama cambiará, pues la situación es cada vez más difícil. No importa cuánto hables o trates de explicar tu corazón y sentir, es igual, pues parece que no te escucha... este hombre con quien se supone tendrías la relación más fuerte y significativa de tu vida no quiere escucharte, o parece que sólo escucha lo que quiere. Cada palabra debe ser analizada hasta lo más profundo y pobre de ti si cometes un error mientras te expresas en tu segundo idioma, aquí tienes más regaños que los que tuviste nunca con tus padres... no se supone que sea tan difícil ¿o sí?, ¿será así para otras parejas? ¿Para otras mujeres? A veces prefiero quedarme callada a tener una discusión y que me psicoanalicen en cada oportunidad, es como si todo lo que hablara estuviera mal y mis fuerzas, mis fuerzas son cada vez menos.

Cómo quisiera sentirme libre otra vez, sé que aquí a su lado no lo soy, el precio a pagar cuando expreso algo es tan alto...días enteros de silencio o regaños. ¿Cómo llegué aquí? ¿Cómo?»

Estos eran los pensamientos de Alice en varias ocasiones, sus ojos se llenaban de lágrimas mientras miraba a lo lejos tratando de llenar su alma de la belleza de lo exterior, como si eso ayudara a menguar el dolor que llevaba dentro.

El trabajo en la agencia de publicidad duró unos cuantos meses, el jefe de Alice no respetó el acuerdo del salario fijado en un principio y ella tomó la decisión de salir. Apenas unas semanas después ya estaba trabajando para una empresa de bienes raíces en el área de publicidad. La paga era mejor y podía hacerlo desde casa. Aquí Alice descubriría un nuevo gusto en su vida: despertarse temprano para ver el amanecer, todos los días.



Desde meses atrás Jack batallaba mucho con su salud estomacal y falta de descanso a causa del insomnio, probó varias dietas donde Alice era la encargada de tenerlas listas, y además, seguirlas al pie de la letra, una tarde hablando al respecto Jack le comentó:

—Alice, me gustaría intentar dormir en otra cama para probar si ahora puedo descansar. Sabes cómo me ha costado dormir últimamente, así que intentaré la cama de la habitación de visitas.

—Ok, me parece bien, esperemos eso te ayude. ¿Quieres que durmamos ahí ya esta noche?

—Creo no me expliqué correctamente amor, me refiero a que yo dormiré en el otro cuarto.

—Bueno, si así lo quieres...

—Además, quiero que comencemos a levantarnos más temprano. Leí un artículo donde recomiendan que si quieres que tu día rinda la suficiente debes levantarte a las 4 am.

—¿Lo dices en serio, quieres levantarte a las 4 de la madrugada? —interrogó sorprendida Alice.

—Sí. Pero no solamente yo, los dos.

—Jack, yo no quiero levantarme tan temprano.

—Bueno, ahora aprenderás algo nuevo. Y harás que rinda tu tiempo —sentenció Jack dando por terminada la plática.

Así comenzó la época de levantarse antes del amanecer, lo curioso es que el iniciador apenas siguió esta nueva rutina por dos o tres días, su insomnio seguía sin mejorar; sin embargo Alice siguió con la rutina. Para su sorpresa, le gustaba ver el amanecer desde el gran ventanal en la sala que comunicaba a la terraza, ésta diferente a las que conocía antes, pues aquí no había jardín, sino agua. Todas las casas es ese fraccionamiento estaban organizadas en forma de herradura y al centro otras cuantas más, adentro de esta herradura había agua que se comunicaba con la laguna. Así que no era nada nuevo encontrar a algún vecino paseando en kayak o haciendo *paddle boarding*, de hecho el suegro de Alice saltaba al agua a refrescarse en verano. Esa vista, ese lugar por completo era una fascinación para Alice que se enamoró por completo de él desde la primera vez que fue, nunca había visto algo así. Por lo tanto, esas nuevas levantadas antes que el mismo sol, se convirtieron en un nuevo gusto para ella.

Además, fue justo en esos días que comenzó su nuevo trabajo en la agencia de bienes raíces, así que muy temprano comenzaba su día, bajando a la cocina para poner café en su prensa francesa, tomar consigo dos galletas de avena y cereales que ella misma hacía, acomodarse en la mesa del comedor frente a su computadora, abrir las cortinas de la sala que estaba justo a un lado y sentarse a trabajar, esperando los primeros tonos anaranjados en el cielo, para luego ir llenando el lugar de luz. Acompañaba también sus mañanas con música instrumental, todo esto haciendo el escenario perfecto para ella, que por varias horas se perdía trabajando ahí haciendo algo que le encantaba en compañía de

los mejores placeres: música y café. Por esas cuatro o cinco horas, su vida era completamente perfecta. No pedía nada más al universo.

Una vez terminaba su trabajo, comenzaba a preparar el desayuno y comenzar con su día habitual.

En uno de estos días, justo después del desayuno, antes de comenzar a lavar los platos, Jack estaba por subir a estudiar, Alice lo detuvo unos pasos antes de las escaleras, tomándolo por el brazo para darle un abrazo.

—¿Otro abrazo? —dijo Jack sorprendido.

—¡Sí!

—Pero si me acabas de abrazar hace unos minutos cuando bajé a desayunar.

—Quiero darte otro más.

—Creo que por hoy han sido suficientes abrazos.

—Lo dices en broma ¿verdad? —exclamó Alice.

—¡Claro que no!

—¿Me estás diciendo que solamente puedo darte un abrazo al día?

—Así es... creo que es más que suficiente. Sabes que estoy muy ocupado.

—Pero... ¡estás en tu año sabático!

—Sí, lo estoy. Pero eso no significa que esté de vacaciones. Tengo un horario y metas por cumplir, lo sabes.

—¡Jack! Un abrazo toma 5 segundos, 20 a lo más, si exagero mucho

—Así es, es mucho tiempo. Por eso, con uno al día es suficiente y ya nos abrazamos hace rato.

—Pero... si un abrazo toma 20 segundos y estoy exagerando en tiempo, yo quisiera entonces tres abrazos al día, uno por la mañana, otro por la tarde y otro por la noche. Eso serían 60 segundos, es decir, un minuto, ¡un minuto de tu día! ¿Me estás diciendo que no tienes un minuto al día para abrazarme?

—Justo eso. Hay mucho por hacer. Un abrazo es más que suficiente — concluyó Jack mientras subía las escaleras.

Alice lo miró alejarse, sorprendida. Podía sentir cómo su corazón se estremecía, como si se encogiera, lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

Apenas podía creer lo que acaba de escuchar. Era como si eso que estuviera viviendo, sintiendo, fuera algo sacado de una película. Es decir, era demasiado ridículo para ser cierto, aún más, ser su historia.

Suavemente, se dio media vuelta, se limpió los ojos y volvió a la cocina.

Mientras lavaba, una ventana frente a ella le permitía ver el cielo azul,

limpio como a ella le gustaba, recordaba diferentes momentos en su vida, donde tuvo abrazos, de sus padres, sus hermanos, sus amigos, de William, tan protector siempre; Chris, tan alegre; y no podía faltar Liam, ¡cuánto lo extrañaba!... y mientras pensaba en lo irónico de su situación, también se reía de los pensamientos que llegaban a su cabeza...

—Si Liam viera esto, seguro lo golpearía, diciendo que esa no es manera de tratarme, o que es ridículo que no tenga tiempo para un abrazo... él nunca me negó abrazos, de hecho, no recuerdo siquiera tener que pedirlos, simplemente los dos nos encontrábamos ahí —sonrió— ...pero él no está aquí. No regresó. No cumplió su promesa. Así que, es como si también me hubieras negado ese abrazo.

♦♦♦.

Llegó el momento en que Jack presentó su último examen para terminar sus estudios en línea, había estudiado mucho lo cual lo tenía más serio y estresado que de costumbre. Todos esperaban este día con emoción. Era la segunda carrera para él, en la cual había invertido ya algunos años, hacerlo a distancia y en otro país, además de llevar un negocio al mismo tiempo, así que ahora que por fin era el día de terminar con ello, era ocasión de felicidad y emoción para todos en la familia.

Sus padres los habían invitado a cenar esa noche para celebrar.

También, ese día era la entrega del proyecto en el cual Alice había estado trabajando en los últimos meses para la inmobiliaria. Así que ese día se levantó temprano como de costumbre y apenas terminó con los últimos detalles, subió a su bicicleta y se encaminó a la oficina donde se reuniría para mostrar el proyecto. Estaba emocionada por la entrega del trabajo en el cual había invertido tantas horas y también le había dejado muchas satisfacciones. Una vez más, el trayecto hasta la oficina de la reunión fue todo un disfrute para la vista y el alma. El lugar se ubicaba en un fraccionamiento exclusivo de la ciudad, justo junto al mar, un poco alejado de todo y completamente envuelto de naturaleza, grandes árboles así como casas hermosas.

Horas más tarde estaba de regreso en casa, feliz por lo bien que le había ido y ahora por encontrarse con Jack y juntos comenzar la celebración.

—Jack, Jack, ya estoy en casa. Que comience la fiesta, ¡hoy es el gran día!
—exclamó Alice con emoción, pero no hubo respuesta.

Jack no estaba por ahí, así que Alice subió para buscarlo, mientras lo llamaba por las escaleras.

—Jack, ¿dónde estás?, ya estoy aquí, todo fue genial en mi junta y ahora quiero saber cómo te fue en tu examen... —dijo al vacío, pues ahí arriba tampoco había rastros de Jack, solamente silencio.

—Qué extraño —dijo Alice mientras bajaba las escaleras, se le ocurrió ir a la terraza y ahí estaba, recargado en el barandal, tranquilo mientras miraba al agua.

—¡Jack!, ¿estás aquí?, te he estado buscando.

—Pues aquí he estado

—¿Estás bien? ¿Cómo te fue en el examen?

—Estoy bien...

—¿Y el examen?

—Me fue bien.

—Bueno, pues me da gusto. ¡Felicidades! Has terminado tus estudios — exclamó Alice y trató de abrazarlo, pero su intento se quedó sin respuesta.

—¿Estás bien, pasó algo? —preguntó Alice

—No puedo creer que seas tan insensible Alice.

—Perdón, Jack, no sé de qué me estás hablando.

—Sabes que he trabajado durante años por este día y parece que no te importa.

—No entiendo...

—Es claro que no. Y a mí no debería de sorprenderme en absoluto. Todos estos días, toda la semana he estado muy estresado. Sabes que tengo problemas para dormir y ahora con los exámenes he estado peor; sin embargo parece que todo lo que a ti te importaba era tu proyecto. Me desperté esta mañana y no estabas.

—Jack, sabías que tenía una junta temprano para presentar el proyecto. Cuando me fui aún no despertabas, te dejé una nota de buenos deseos para tu examen, vine tan pronto como pude.

—Sí, vi la nota y también sabía de la presentación de tu proyecto

—¿Entonces? No entiendo por qué estás molesto.

—¿Lo ves? Verdaderamente eres increíble, Alice, sigues sin darte cuenta. Agendaste tu reunión el día que sabías tenía mi examen, ¡mi examen final!, por lo que he trabajado tanto. Pensé que a este punto me conocerías un poco por ser mi esposa. Estoy muy equivocado.

—Jack, de verdad no entiendo a qué viene todo esto. Este proyecto debía entregarlo y la fecha no la puse yo, sino el cliente desde que me dio el trabajo. Pensé que tener la reunión a primera hora era la mejor idea, así podría pasar

el resto del día contigo y celebrar contigo este gran día.

—¡Pues vaya que es un gran día, uno para no olvidar! Uno donde mi esposa me pone al final de su lista de prioridades —dijo Jack, dándose media vuelta y entró a la casa. Apenas había entrado cuando de nuevo se giró hacia Alice— Mis padres nos esperan a las 5 pm en su casa para tener un brindis de celebración antes de irnos a cenar. Al menos a alguien sí le resulta importante esta fecha —reclamó.

Alice lo miraba incrédula retirarse mientras las preguntabas brincaban por todos lados en su cabeza. No entendía lo que había pasado, en unos minutos lo que había comenzado como un gran día se tornó en una pesadez. La alegría enorme con la que llegó a casa con ganas de celebrar con su esposo ahora se sentía como una gran soledad, vacío y dolor en su interior.

“¿Qué hice mal, en qué me equivoqué?” —eran las preguntas a las que trataba dar respuesta, mientras la tensión se acumulaba en sus hombros y sus ojos se llenaban una vez más de lágrimas.

“¿Cómo puede ser que acaban de felicitar me por el proyecto en el que estuve trabajando por meses, donde quedaron felices por lo que hice y ahora aquí resulta que lo que hago está mal... ¿Cómo? ¡¿Cómo?!”, eran preguntas que taladraban su mente.

Después de compartir una comida ligera, de apenas una ensalada, en silencio, que era la respuesta común de Jack cuando algo le molestaba, podía pasar desde horas hasta días enteros sin dirigirle la palabra a Alice, ya no era nada nuevo para ella, desde la primera vez, cuando con apenas unos meses de casados y antes de San Valentín, él se molestó por algo y pasó cuatro días sin dirigirle la palabra.

Poco antes de las 5 pm. Alice bajó usando un vestido azul y peinado especial, esperó a su esposo para ir juntos a la casa de los padres de él y comenzar con la celebración.

Durante la cena, en uno de los restaurantes más lindos del área y favoritos de Jack...

—Alice, te ves muy linda esta noche —dijo Carol con una sonrisa.

—Muchas gracias, Carol.

—Sé que hoy entregabas también tu proyecto con la inmobiliaria, ¿cómo te fue? —preguntó Sam.

—Muy bien, quedaron muy contentos.

—Me da mucho gusto; ese catálogo tendrá mucha difusión ahora en verano y que vienen tantos turistas a la ciudad. Significa que muchas personas verán tu

trabajo Alice, me da mucho gusto —dijo Sam.

—Gracias, aprecio mucho tus palabras, Sam —respondió Alice.

—No, no tienes nada que agradecer. Solamente estoy resaltando el hecho que creo que lo has hecho muy bien desde que llegaron aquí. Tuviste aquel trabajo en la agencia de publicidad y ahora con este catálogo con la inmobiliaria que te llevó varios meses, creo que lo has hecho bien. Estoy orgulloso de ti. No solamente eres linda, también lista.

La plática fue interrumpida por el mesero que traía los platillos.

—Mi amor, creo que se han equivocado y ése plato es mío —dijo Jack señalando el plato de Alice.

—Pero... ¡ordenamos lo mismo! —respondió desconcertada.

—Sí, pero el tuyo se ve mucho mejor servido, así que seguro el mesero no prestó atención y se equivocó al entregarlos.

Acto seguido, Jack cambió los platos mientras los demás en la mesa miraban con asombro.

LUGAR SECRETO

Y a veces la marea es tan alta
el aire tan frío,
se me hace tan difícil respirar,
y necesito descansar
encontrar un lugar secreto
un lugar sólo para mí,
donde pueda llorar,
porque necesito llorar,
dejar esto que llevo dentro
mezcla de miedos,
preguntas y misterios,
frustraciones, imposibles
y tanto más que hay a mi alrededor
y soy un desastre,
un gran desastre.

Y sí,
sé que no puedo escapar,
no puedo simplemente dejar todo atrás
necesito enfrentarlo,
soy un adulto
se supone debo resolverlo
encontrar un respuesta a estas preguntas,
pero solo quiero un momento
un momento para mí,
para mi alma,
sólo yo y mi ser,
para mirar a mi corazón,
abrazar fuerte a mi alma
y respirar...
sólo respirar,
y llorar.
Encontrar consuelo en la soledad de mi ser,

mi compañía es suficiente,
ha sido tanto desde el comienzo,
y lo superaré,
me recuperaré,
volveré a levantarme,
sólo necesito un momento para mí
para renovar mis fuerzas
porque estoy tan agotada
así que este momento
es sol para mí y mi ser.

Necesito mi momento de llorar,
de consolarme,
recordarme que todo estará bien,
puede doler,
pero lo superaré,
esto aún no ha terminado,
no todavía...

PARTE IV

Te Conozco

Te conozco en los silencios
y también en las palabras,
te conozco a la distancia
y también cuando estas cerca.

Te conozco en tiempo de guerra
y cuando es tiempo de paz.

Te conozco cuando sonrías
y cuando me evitas por el enojo.

Te conozco...
y mientras te conozco,
me conozco más a mí,
me descubro,
me cuestiono y me imagino.

Me pongo a prueba,
me examino, me renuevo.
Sí, con cada etapa,
sea cual sea,
te conozco.

Pero más que conocer de ti,
me conozco a mí...

LA DECISIÓN

Era una mañana de lunes, como cualquier otro. 6:30 am., suena el despertador, Alice y Jack se levantan para comenzar el día. Ella se dirige a la cocina para seguir la rutina de todas las mañanas: Prender la radio en su programa matutino favorito, lavar las zanahorias, apio y un poco de jengibre. Hacer jugo de verduras para luego llevarlo al cuarto y dejarlo en el estante para Jack quien aún estaba en el baño rasurándose.

—Aquí dejo tu jugo. ¿A qué hora quieres el desayuno? —pregunta Alice.

—Gracias, amor; 7:13 está bien.

—Ok, 7:13 entonces...

Regresa a la cocina, saca los ingredientes para el desayuno: huevos, jitomate, aguacate, pan hecho en casa, poner la mesa... conocía los pasos de memoria, aunque ésta era ya la séptima casa donde lo hacía. Habían sido muchos cambios de casa desde que se casaron y ésta parecía, ser “la buena o definitiva”, al

menos por algunos años, la acababan de comprar y apenas estaban estrenando. Fueron algunos meses de esperar que todo estuviera listo; haber visto el proyecto desde papel pasar por tantas etapas, ver el terreno, poner los cimientos, levantar las paredes, elegir los pisos, la pintura, el acomodo de la cocina, al cual Jack había prestado especial atención, pues sabía cuánto tiempo Alice pasaba ahí, además de que en los planes estaban las potenciales reuniones con amigos, por lo cual era un área completamente abierta, dotada de una gran isla al centro desde donde se podía ver la sala y el comedor, que aún esperaban por más muebles; apenas había un sillón ahí que era el primero, en lo que esperaban el resto de las demás decoraciones del lugar. Desde la cocina también se podía ver el jardín, donde obviamente había un asador para los *braais* que seguramente vendrían después, un pasillo que cruzaban justo delante de la isla que comunicaba el cuarto principal con la segunda habitación y el estudio, donde tanto Alice como Jack pasaban tiempo trabajando. Sin duda estaban emocionados con su nuevo lugar, que también, si Dios les concedía, después se vería lleno de las risas de algunos pequeños.

Éste era en especial un tema importante para Alice, algo que había hablado con Jack desde dos años atrás, justo días después de su primer aniversario de bodas.

—Jack, ¿recuerdas aquella plática que tuvimos en Buenos Aires poco después de comprometernos? En el restaurante italiano que te gustaba...

—Claro que lo recuerdo amor; ahí comenzamos a hacer planes sobre nuestra vida juntos y la boda.

—Así es; y también hablamos sobre niños. ¿Recuerdas? Tener una familia.

—Sí, también lo recuerdo.

—Bueno, pues quiero hablar al respecto.

—Ok, te escucho —dijo Jack en tono serio.

—Pues de que justo celebramos nuestro primer año de casados, creo que podríamos comenzar a buscar un bebé.

—¿Me estás hablando en serio mi amor?

—Claro que sí, es muy en serio...

—Si recuerdo bien, en aquella ocasión coincidimos en que esperaríamos entre 1 y 2 años, así que todavía falta un año.

—Sé lo que dijimos y por eso estoy tratando de hablar al respecto, no nos estamos haciendo más jóvenes.

—Mi amor, no exageres. Apenas cumpliste 32 años, yo tengo 40 y estoy en excelente forma, podemos esperar un poco más.

—Lo que trato de decir es que podemos simplemente comenzar a buscarlo, nada nos asegura que será fácil. Sabes que en mi familia las mujeres han tenido complicaciones para embarazarse, y las recomendaciones específicas del doctor para mí.

—Y tú sabes lo que pienso acerca de lo que dicen los doctores, mi amor. Además, estamos a unos meses de mudarnos de casa, de país, de negocio. Tenemos muchas cosas en qué pensar, así que no se diga más. ¡No hablaremos más de esto!

Como otras tantas veces y en otros temas, Jack dio por terminado el asunto. A Alice le causó algo de tristeza, pero se dio cuenta que tal vez Jack tenía razón y podían esperar hasta estar en el nuevo lugar. Tal vez lo mejor sería esperar hasta llegar allá y establecerse, ya después podrían hablar sobre ello.

Poco después de cumplido un año de aquella conversación, Alice volvió a tocar el tema.

—... ¡pero Jack! Ya se han sido más de dos años, el tiempo que tú querías inicialmente y ahora también ya hicimos todo el movimiento a otro país, casa y demás.

—Mi amor, tienes razón, pero aún no estamos completamente establecidos.

—¿Debemos esperar entonces a que todo esté perfecto? Porque de ser así, creo que nunca lo estará. Es decir, en la vida siempre hay cambios...

—Alice, mi amor, me gustaría tener al menos nuestra casa.

—¡Sí tenemos casa!

—Sabes a lo que me refiero, hablo de tener nuestra propia casa.

—Pero Jack, no sé cuánto tiempo falte para eso y te repito: todo lo que quiero es que comencemos a buscarlo; dejemos que la vida, el universo, Dios, sea quien decida si quiere darnos un hijo. Es todo.

—Ya te dije claramente que no y espero respetes mi decisión.

—¿Y dónde quedan mis deseos, los acuerdos que hicimos? Sabes bien lo mucho que he anhelado una familia.

—Mi respuesta sigue siendo la misma —Jack cerró toda posibilidad de continuar con el tema y dio fin a la discusión.

Apenas pasados unos segundos de silencio, Alice retomó el asunto.

—¡De acuerdo! Si eso es lo que quieres, ¡así será! De mi parte no volverás a escuchar nunca esto. Si alguna vez hablamos al respecto será porque tú me lo pidas. Esta es la tercera vez que yo te lo pido. ¡No más...! No seré yo Jack. Créeme... no seré yo quien te lo pida —dijo Alice, quien

terminando de decir esto, airadamente se levantó de la mesa y se retiró.

El tiempo siguió su camino, así que ahora, casi un año después de esa plática, ya por fin estaban en su casa, muchos planes por delante y tal cual lo auguró Alice en esa última conversación, fue el mismo Jack quien apenas unas semanas atrás, después de que ella regresó de un viaje a México para visitar a su familia, le dijo que ya estaba listo para comenzar una familia y buscar un bebé.

La música sonaba mientras Alice preparaba esa mañana de lunes el desayuno; como de costumbre, 7:13 am marcaba la hora en que debía estar listo, y ella cuidaba que el huevo se cocinara en el punto correcto, como a Jack le gustaba; apenas iba ella a mirar el reloj cuando Jack la sorprendió...

—Alice, son ya las 7:15, ¿no está listo el desayuno?

—Tan solo un momento, el huevo casi está listo. Sé que la yema debe estar suave pero cocida y la clara bien cocida...

—Pero quedamos que estaría listo a las 7:13 y mira la hora que es... Se me va hacer tarde.

—Listo, listo, ya lo tengo, aquí está... Vamos, siéntate, ya lo demás está sobre la mesa

Mientras desayunaban, en silencio, lo cual no era ya ninguna sorpresa para ella quien sabía bien que eso era la consecuencia de haber tenido “tan tarde” el desayuno. Jack le pidió un favor.

—Quiero pedirte si puedes enviarme R8,000^[1] de tu cuenta a la mía, ya que mañana debo hacer un depósito —le dijo Jack en tono serio y evitando mirarla a toda costa.

—Claro, lo haré apenas terminemos de desayunar —respondió Alice, sumida en la silla, cual niña regañada, respondió escondiendo también la mirada.

El ambiente era tan tenso que podía cortarse con un cuchillo.

La alegría con la que había Alice despertado esa mañana se esfumó por la ventana apenas recibió el primer regaño sobre la demora en el desayuno.

Y así, en medio de ese silencio que complicaba pasar el bocado, terminaron de desayunar.

La casa nueva, el jardín verde y hermoso que los rodeaba, así como los colores del amanecer que entraban por las ventanas que aún no tenían cortinas, no podían competir con el gris que reinaba en esos momentos.

Apenas Jack terminó de desayunar, se levantó dando gracias, llevando su plato al fregadero y se retiró, sin importar si Alice aún estaba a la mesa

intentando desayunar. A ese punto, los alimentos apenas tenían sabor alguno. —Insípido— esa palabra podría ser un buen calificativo para los últimos meses, o debería decir años, en la relación de Jack y Alice.

Como pudo, terminó también de desayunar y se dirigió a su computadora para realizar el traspaso a la cuenta de Jack de una vez, así él tendría el dinero a su disposición para hacer los movimientos necesarios.

—Click aquí, click allá y ¡listo! ¡Oh, no...! —exclamó Alice.

Ya era demasiado tarde, el error estaba hecho, había enviado el dinero al banco equivocado; sí a la cuenta de Jack, pero no el banco que él le especificó.

Tenía que decírselo, no había manera de remediarlo.

—¡Ups! Seguro esto me traerá muchos problemas— pensó para sí, pero no había forma de arreglarlo. Así que se armó de valor y fue a buscar a Jack...

—Que hiciste, ¿qué...? —gritó Jack, visiblemente molesto.

—Lo siento, fue un error; vi tu nombre en la pantalla y hasta que di click me di cuenta que no era el banco que me habías pedido. De verdad lo siento. Tal vez puedas moverlos a tu otra cuenta.

—Hacer movimientos de banco a banco cuesta dinero, además que me retrasará un día. ¡Verdaderamente no estabas pensando! —gritó Jack al tiempo que golpeó fuertemente el escritorio.

El ambiente era tenso y el corazón de Alice latía a mil por hora; aquel golpe al escritorio lo sintió como si fuera en su propia piel.

—Lo lamento mucho, de verdad...

—¡No puedo creer que seas tan estúpida! —vociferó Jack, para luego salir de la habitación.

Alice se quedó perpleja, inmóvil en su lugar; se dio cuenta que estaba temblando, como si estuviera esperando un golpe ella misma, las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

“¿Qué hice? ¿Cómo pude ser tan tonta? ¿Por qué no miré bien antes de dar click en la pantalla?” —pensaba para sí. “Si hubiese sido más cuidadosa no tendríamos este problema. Debo arreglarlo, pero ¿cómo? Yo no tengo dinero...” —su mente daba vueltas, buscando en el infinito alguna solución.

Unos minutos después, justo antes de que Jack saliera a trabajar, Alice intentó acercarse, pero él seguía muy molesto.

—Lo lamento, hoy mismo tendrás el dinero en la cuenta —dijo Alice, sin poder siquiera mirarlo a los ojos.

—¿Y qué vas hacer?... —respondió Jack, burlón, molesto e irónico—

pedirle a papi que te mande el dinero... o ya sé, tal vez a Elisa “Rockefeller” que te resuelva una vez más la vida.

—No importa; solo quédate tranquilo que enmendaré mi error; hoy mismo tendrás el dinero en tu cuenta.

—¡Esta vez sí que has hecho una gran mierda Alice! Como si no tuviera ya suficientes problemas—dijo Jack al tiempo que tomó sus cosas y partió a trabajar como cualquier otro día.

Silencio. Silencio absoluto...

Alice se quedó inmóvil por unos minutos, luego se dio media vuelta y regresó a la cocina.

Mientras lavaba los trastes y el agua corría sobre ellos, las lágrimas que caían de sus ojos parecían ayudar a enjuagar. La verdad es que nunca había sentido tanto miedo; se dio cuenta además, que en esta ocasión ella misma llegó a esperar un golpe.

“Esto no es vida” —se dijo para sí—, “tal vez antes lo dudaba, pero ahora lo tengo claro. Nadie, absolutamente nadie merece ser tratado de esta manera. ¡Soy un ser humano!”.

Fue ahí, mientras terminaba de lavar, cuando supo lo que tenía que hacer.

EL CASTILLO

Alice y Elisa estaba en el teléfono, como tantas otras veces. Sin embargo, esta llamada fue especial. Alice sabía que necesitaba hablar con alguien, sin tapujos, sin filtros, abiertamente. Y también sabía que la única que podría escucharla de la forma en que lo necesitaba era Elisa; de hecho Alice estaba segura que su amiga del alma ya sabría mucho de lo que estaba a punto de contarle...

—Mi querida amiga, claro que sé lo que estás pasando. Es decir, no conocía todos los detalles, pero algo intuía. De hecho, lo noté poco tiempo después de que te casaste y te fuiste, lo podía leer entre líneas en nuestras llamadas y tus correos. Después lo vi con mis propios ojos cuando venían a visitar y lo comprobé esta última vez que estuviste de visita.

—¿De verdad era tan obvio?

—Para mí que te conozco, sí; de hecho, para nuestros amigos también lo fue. Tu luz se está apagando, Alice...

—No sé qué hacer, Elisa, lo he intentado todo. Por más que he intentado complacerlo, hacer las cosas a su manera, a su tiempo y forma... parece que nada es suficiente.

—¡Oh Alice! Mi querida amiga, lo sé, lo sé. Estás desgastada. Te vi y ahora mismo lo siento. Me da gusto que por fin hables de ello.

—Fue una de las recomendaciones del psicólogo con quien me mandó Jack

—¿De verdad? Me refiero a que parece muy buena idea que estén yendo con un especialista que pueda ayudarlos.

—No, no exactamente... Jack me llevó solamente a mí. Dijo que tenía demasiados problemas en mi cabeza y necesitaba de un profesional.

—¿Quieres decir que Jack no está yendo?

—Así es. No quiso.

—¡No lo puedo creer! O bueno... mejor dicho, sí. Sí que lo puedo creer.

—Al principio cuando me comentó que me llevaría con un psicólogo, me molesté, le sugerí que deberíamos ir los dos, pero no le gustó la idea; dijo que quien tenía problemas y necesitaba ayuda era yo. Al final, me di cuenta que sí podía beneficiarme de algo de ayuda, y ha sido muy bueno hablar con él, Elisa, me recuerda mucho a ti

—Me da mucho gusto que te esté ayudando amiga. Ahora dime, ¿qué sigue para ti?

—No lo sé, me siento tan perdida, siento que ya no puedo más.

—Amiga, no puedes continuar así. Creo que el psicólogo ya te lo dijo, ¿verdad?

—Sí. Después de algunas citas la conclusión fue esa, que la respuesta estaba en mis manos, que era yo la que debía tomar una decisión. Es sólo que me cuesta tanto...

—Claro. No puede ser nada fácil, pero puedes hacerlo amiga —expresó Elisa.

—Pero, estaría rompiendo la promesa, el compromiso que hice con él, con Dios, con el resto del mundo. Yo prometí quedarme a su lado en las buenas y en las malas. Dime entonces, ¿cómo podría yo romper esa promesa? ¿Cómo? —dijo Alice, que cuando terminó de decir esto el llanto ya había derramado de nuevo en su rostro.

—Mi querida Alice, desde niñas escuchamos historias sobre princesas atrapadas en un castillo por un horrible dragón, donde tenía que esperar a que llegara el príncipe azul a rescatarla. Amiga, la realidad no es así. No irá ningún príncipe, no llegará un príncipe a salvarte, eres tú quien debe salvarse, tú eres quien debe liberarse, enfrentar al dragón y salir de ahí. La libertad, ¡tu libertad está en tus manos! La llave para el universo, se llama voluntad —dijo Elisa.

—No sé si podría hacerlo, sólo de pensarlo se me parte el corazón. Sí, Jack tiene muchas cosas, puede ser difícil, pero no es malo y creo que me quiere... a su manera, pero creo que me quiere. Y sobre todo, ¡yo lo quiero y deseo que esto funcione!

—Muy bien amiga; yo, al igual que tu psicólogo, te digo que la respuesta, la solución a esto la tienes en tus manos. Haz lo que consideres mejor. De mi parte, sabes que cuentas conmigo, para lo que sea. Una cosa más: en esta búsqueda, una buena brújula es tu corazón; elige tu corazón, tus sonrisas y tu libertad. ¡Elige vivir! El amor no puede existir de otra manera, solamente si es libre.

—Gracias, Elisa... de verdad. —suspiró Alice sintiendo el apoyo de las sabias y sentidas palabras que Elisa ofreció abriéndole el corazón de par en par.

AVE FÉNIX

Las primeras semanas fueron muy difíciles para Alice. Era bueno estar de regreso en México con su familia, rodeada de cariño. Se sentía segura y al mismo tiempo tan frágil.

Su cabeza estaba llena de pensamientos, de dudas. Tantas noches habían pasado y sabía que debía tomar una decisión. Tenía su boleto de regreso para volver a Sudáfrica con Jack. Repasaba las palabras que le dijo él aquella noche que dijo se iría. Acababan de cenar, otra cena más llena de silencio, Alice sabía que debía contarle sobre el boleto de avión que ya había comprado, así que en cuanto terminó de limpiar la cocina, respiró hondo y tomó el poco de valor que le quedaba...

—Jack, quiero decirte algo...

—¿Más noticias sobre el dinero que pediste a papi o Elisa “Rockefeller” esta mañana para pagarme? Seguro uno de los dos te dio el dinero que depositaste en mi cuenta.

—No, no es nada de eso. Es algo sobre nosotros.

—Te escucho.

—Bueno, creo que sabes que no estamos bien, al menos yo no lo estoy y... creo que tú tampoco lo estás.

—¿Y...? Es decir, estamos casados, es normal en todas las parejas, Alice, te lo dicho antes.

—Es que no me importa si es normal o no, si otras parejas viven así o no. Lo que sé es que yo no estoy bien.

—Por eso te llevé al psicólogo, que al parecer no fue de mucha ayuda...

—¡Jack, míranos...! Esto no es vida

—Aquí viene de nuevo... El problema es que creciste en una caja de cristal, Alice, lo tuviste todo fácil y tu papá te sobreprotegió, ya te lo he dicho.

—¡Basta! ¡No quiero más de esto! Necesito que me escuches...

—Ya vas a ponerte sentimental de nuevo. Creí que con lo de esta mañana habíamos tenido suficiente, al menos por el día de hoy.

—Jack... ¡me voy!

—¿De qué hablas?

—Iré con mis padres, a México. Ya tengo mi boleto. Me voy mañana.

—¿Es verdad lo que me estás diciendo?

—Completamente... —expresó Alice con firmeza.

—Alice, no puedes huir así. Seguro fuiste llorando con Elisa y esto es idea de ella.

—Ella no tiene nada que ver en esto.

—¿De verdad compraste un boleto? Y... ¿para mañana?

—Sí, lo hice.

—Pero, tú no tienes... ¡Aaah!, otra vez Elisa o tu papi, no queda duda. Primero te mandan dinero para limpiar el error que cometiste y luego te compran un boleto para que te vayas.

—Ellos no tienen nada que ver con esto; por favor, no los metas aquí...

—Es que esto es completamente ridículo Alice —dijo Jack, levantándose del sofá, llevándose las manos a la cabeza y halándose el cabello—. Así que las cosas se ponen feas aquí y corres con papá y mamá. ¡Qué excelente idea! Muy maduro de tu parte, aunque... tal vez no debería sorprenderme tanto.

—He tratado tantas veces y de tantas formas de agradarte Jack. Nada parece suficiente, me siento agotada.

—¿Crees que yo no lo estoy? Y este problema de mi digestión, sabes bien es por causa tuya, ya te lo he dicho.

—Quiero creer que este tiempo puede servirnos. Mi plan es regresar. Pero usar este tiempo, los dos, para pensar las cosas y mejorar. No podemos seguir así...

—No sé si sepas de lo que estás hablando, Alice, estás rompiendo nuestro matrimonio.

—Necesito esto Jack, creo que ambos lo necesitamos. Yo necesito respirar.

—Lo dices por lo que pasó hoy, ¿cierto? Sí, tal vez no reaccioné de la manera correcta. Debes entender que tengo muchas presiones. Quizá podrías intentar ser más comprensiva.

—No se trata solamente de esta mañana. Lo sabes. Yo no quiero una vida así. Quiero ser plenamente feliz y me gustaría que tú también lo fueras.

—Ése es el problema, Alice, sueñas demasiado. El matrimonio ideal no existe, ya te lo he dicho. ¿Por qué no logras entender eso?

—Sí, tal vez lo hago. Y de nuevo, te digo que no me importan las demás parejas o matrimonios. Me importa el nuestro.

—Está bien... ¡vete! ¡Corre, huye de todo esto! No sería la primera vez que llevo la carga solo...

Alice lo miró, sabiendo que no había palabras que pudieran cambiar o ayudar en algo. Podía ver también la tristeza en los ojos y postura de Jack, le

dolía verlo así. Pensó en abrazarlo, pero de inmediato cambió de parecer, algo en su interior la detuvo. Se dio la media vuelta y se fue. Apenas llevaba unos pasos cuando le dijo:

—¡Me importas...! La promesa que te hice hace años sigue importando. Quiero que estemos bien, es por eso que me voy y pongo distancia; usémosla sabiamente para después volver siendo conscientes de lo que queremos. Para construirlo juntos... —concluyó Alice y siguió su camino en silencio.



Poco a poco Alice comenzó a salir de nuevo con su grupo de amigos que estaban más que felices de verla de regreso y era una sorpresa para ella cuando los escuchaba decir que desde su última visita la habían notado apagada, diferente a como solía ser, alegre y positiva.

La mayor parte de su familia se quedó pasmada cuando la vieron sin Jack y más al saber que se habían separado, tarde o temprano aprovechaban para darle sus consejos, unos como buenos religiosos, otros muy liberados, había de todo.

En su mayoría le decían que debía volver a lado de su marido, pues ése era su lugar, además de que seguramente Jack ya habría entendido la lección y también la estaría extrañando, cosa que Alice dudaba.

En una ocasión, estando en casa de Elisa, después de comer, ella le preguntó...

—Amiga, ¿cómo te has sentido en este tiempo que llevas aquí? —preguntó Elisa.

—Elisa... me conoces mejor que nadie. Tal vez ni siquiera hace falta preguntar.

—Bueno, quiero que tú me lo digas.

—Pues, los primeros días, aún las primeras semanas, fueron muy difíciles. Pero ahora, va sonar muy mal decir esto, pero me estoy sintiendo mejor, sobre todo me siento tranquila y en paz.

—Deja de pensar si es bueno o malo. Creo que tu cuerpo, tu ser, te está hablando sobre lo que debes hacer y deberías escucharlo.

—Sí, me lo has dicho antes. De otra manera “grita”, como ya lo hizo.

—Exacto... —afirmó Elisa.

—Pero aún estoy confundida amiga. No sé qué voy hacer; Jack me dice

que ya cambió y me pide que regrese.

—Y tú, ¿tú qué quieres?

—No lo sé. Tanta gente me dice debo darle otra oportunidad.

—Por eso te pregunto a ti. Tú, Alice, ¿qué quieres?

—Tengo miedo Elisa.

—Ok, ¿miedo a qué?

—Tengo miedo de equivocarme.

—¿Podrías explicar un poco más?

—De volver a lo mismo. No quiero volver a lo mismo. Menos ahora que he regresado, he estado recordando los sueños que tenía, lo que quería para mi vida, quién soy yo.

—¿Y crees que podrás vivir lo que quieres si regresas con Jack? ¿Crees que ha cambiado?

—No, sé que no... —aseguró Alice.

—¿Ha hecho algo para demostrarte que ha cambiado?

—No. Me dijo que extraña mi comida y que tenga la casa en orden, ya sabes, hacer las compras, limpiar. Al parecer se está dando cuenta que hacer esto le quita mucho tiempo. Pero ni una sola cosa sobre mí, absolutamente nada.

—Ay, Amiga... creo que es hora de que calles al mundo entero y escuches a tu corazón. Ahí está la respuesta.

—¿Y si me equivoco?

—Alice... quiero preguntarte algo y quiero que lo pienses bien; no estoy buscando una respuesta, solamente quiero que medites en ello.

—De acuerdo, dime.

—¿Vivir para morir o morir para comenzar a vivir? —preguntó Elisa— Piénsalo... y sabe que cualquiera que sea la decisión que tomes, te apoyaré — terminó de hablar Elisa, al tiempo que abrazaba a su amiga.

EL SUEÑO

Una noche, Alice tuvo un sueño, que vivió más como una pesadilla.

Ahí se veía como una niña, tal vez de 5 o 7 años. Estaba en el aeropuerto y alguien la llevaba a la fuerza, la jalaban de un brazo, ella tratando de mantener el paso, mientras con la otra mano jalaba una maleta. Iban a Sudáfrica, a llevarla de regreso con Jack. La pequeña Alice lloraba desconsolada mientras gritaba y pateaba al tiempo que decía que no quería ir; suplicaba por que no la llevaran.

Cuando despertó, Alice recordaba el sueño vívidamente; su corazón aun palpitando apresuradamente, sintiendo temor y tristeza en su corazón.

—¿Qué estoy haciendo? —se dijo a sí misma— ya no soy una niña, nadie puede llevarme... ¡Puedo decidir, puedo elegir!

Y así, con tan sólo un sueño, sus dudas se disiparon. La decisión estaba tomada y la angustia que había tenido por días, la incertidumbre y peso que sentía encima se desvanecieron. La nube gris que parecía ir a donde quiera que fuera, también desapareció.

Tiempo después, en una breve carta dirigida a Jack, dejó todo en claro...

“...no regresaré, puedes regalar mis pertenencias”.

Te deseo lo mejor,

Alice.”

Así, sin más dudas ni temor, Alice dijo adiós...

Adiós al nunca ser suficiente,

Adiós al no vivir mi libertad,

Adiós a las reglas sin razón,

Adiós a los abrazos mendigados

Y los besos jamás recordados.

Adiós a no ser otra cosa que no sea yo...

Había llegado el tiempo de renacer...

~FIN

SUEÑA NIÑA, SUEÑA

Sueña, niña, sueña,
cree que puedes tocar el cielo,
volar con los ojos abiertos,
creando nuevos mundos,
el tipo de mundos que quieres ver,
en los que quieres vivir.
Constrúyelo,
tócalo,
disfrútalo.
Sueña niña,
continúa soñando.

No importa lo que los demás digan,
diciendo que no puede ser,
o que debes ver la realidad;
si lo puedes soñar,
lo puedes ver
y entonces lo puedes tener.
Eres el arquitecto de tu futuro,
la escritora de tu destino,
la pintora de tu cielo.
Elige el sabor,
elige los colores,
esta es tu historia,
solamente tuya.

Sueña niña, sueña.
Aún si las lágrimas llegan,
y alguien deja una cicatriz,
lo superarás.
Sí, puedes llorar un poco,

tal vez esté nublado por un tiempo,
pero ¿sabes qué?
si comienza a llover,
disfruta la lluvia.
Sal y baila en medio de la tempestad,
canta tu canción favorita
mientras danzas
a tu propio ritmo,
una melodía propia,
nadie más que tú,
tu mundo,
tu tiempo,
tu espacio.

Para superarlo,
para mejorar,
para recuperarte.

Toma tu tiempo,
es tu historia,
y el momento llegará
cuando el sol saldrá
te despertará por la mañana,
te cautivarás con las flores otra vez,
el viento jugando con tu cabello,
la música del viento acariciándote suavemente,
y una nueva canción sonando en tu alma.

Te darás cuenta que el mundo no ha terminado,
que sigues viva,
que tu corazón aún late
y los sueños aún viven en ti,
cosas que deseas hacer,
lugares que quieres ver,
sensaciones que quieres volver a vivir.
Sentir amor,
pasión y sorpresa,

aventura y reto,
probar oportunidades,
jugar con las posibilidades
y tal vez, darlo todo otra vez.
Porque te darás cuenta,
que vale la pena.

Darlo todo,
abrir tu corazón completamente,
dando la bienvenida no sólo al amor,
pero a la vida misma,
a las posibilidades infinitas en ella,
y si quieres ganar,
es necesario jugar,
tomar el riesgo.

Sueña niña, sueña.
Y te lo digo
sueña en grande,
no te conformes con menos,
porque no mereces menos,
sino todo,
absolutamente todo.
El tiempo te mostrará que
no se trata de los demás.

Esta vida,
esta aventura a la que llamamos vivir,
no se trata de los visitantes que llegan,
sino de lo que tomas de ello,
de lo bueno,
de lo malo,
aún en la pérdida,
en el sufrimiento
y el dolor.
Tu vida es la suma de todo ello
y tú eliges que guardar

lo que llevas como tesoro

Sueña niña, sueña
y vive sonriendo,
no porque el sol siempre brille,
sino porque has aprendido
a llevar el sol contigo,
el calor de la vida,
la luz de la alegría,
no viene de fuera
sino desde dentro
en lo más profundo de ti,
la vida y la muerte viene de ti.

Elige la vida,
elige la alegría,
elige aventura,
elige perdón,
elige sonreír,
elige amor,
siempre elige amor.

Amor para ti,
para otros,
y para ti otra vez,
siempre tú.

Sueña niña, sueña.
Puedes hacer tus sueños realidad.
Tu realidad será
lo que alguna vez soñaste.
Así que sueña niña, sueña...



Créditos:

Foto en portada: Riccardo Mion / @ric.mion

Foto en contraportada: Filip Zrnzevic / @filipz_





^[1] *El rand (R) es la moneda en curso en Sudáfrica desde 1961, año en que sustituyó a la libra sudafricana.*